SAGUNTO Y ROMA

Carmen Aranegui Gascó
Universitat de Valencia

Introducción

La primera población de la Península Ibérica citada en la historia antigua de Roma es Sagunto, con motivo de la guerra de los Escipiones contra Aníbal ante la que ningún historiador fue indiferente. El conflicto se ocasionó en el único espacio geográfico que les quedaba a los cartagineses para acceder a Italia después de haber perdido en el 241 a.C. el derecho a transitar por el Estrecho de Mesina, entre Sicilia y el S de Italia. La ruta ibérica suponía para una y otra potencia un recorrido desmesurado que implicaba el paso de los Pirineos y de los Alpes además de discurrir a lo largo de una costa desprovista, o casi, de infraestructuras para la navegación, todo lo cual contribuyó a la presentación de Sagunto, causa de la ruptura de hostilidades y primero de los éxitos militares contra los Barka, con las características de una ciudad antiquísima sobre la que Roma tenía fundados vínculos mientras que Cartago no los tenía, una ciudad, por lo tanto, de excelencia para Polibio, Estrabón y Tito Livio que fueron los escritores que primero la mencionaron.

Plano general del conjunto arqueológico de *Saguntum*.

Pero si la aparición de Sagunto en los textos va unida a la justificación de la II Guerra Púnica (218-202 a.C.), la arqueología remonta el panorama de sus relaciones con Italia alrededor de un siglo a la vez que amplía los motivos del contacto entre Sagunto y Roma, que nos dispondremos a ver no sólo en el marco de la política bélica de la época anterior al cambio de Era sino también en el de la fluidez de los intercambios que venían sucediéndose con anterioridad. Desde la perspectiva de la arqueología se saca la conclusión de que el control púnico del S de Iberia y de Ibiza venía fraguándose a partir de la colonización fenicia y que fue el beneficio que proporcionaba la explotación de los recursos de Andalucía el que atrajo a los primeros

itálicos hacia ese área, que desempeñaron un papel secundario en el Extremo Occidente hasta la derrota cartaginesa.

La cultura material permite diferenciar lo romano de lo púnico aunque en lo relativo al desarrollo económico, urbanístico e institucional, ambas culturas se aproximan hasta confundirse si nos remontamos al final del siglo III a.C. Por eso es de suponer que el medio ibérico al que pertenece Sagunto no apreciase grandes diferencias en el trato con unos y con otros, pueblos alfabetizados, que usaban la moneda, con un nivel avanzado de organización y tecnología que, precisamente por ser dos, pudieron influir en que los iberos adoptaran soluciones propias, a veces eclécticas, en su evolución hacia la civilización, como manifiesta su escritura y sus sistemas ponderales, entre otras cosas.

Por eso el devenir saguntino pudo resultar familiar a los romanos hasta el punto de atribuirse alguna de las soluciones generadas en su seno. Cuando al describir el avance de los Escipiones desde el Ebro hasta Sagunto Polibio (*Hist*. III, 59, 6-8) menciona un santuario costero o Livio (XXI, 12,7) se refiere al senado saguntino, ambos creen que sólo Roma ha podido inculcar tales instituciones en la población, actitud que denota su predisposición a incorporar Sagunto a su cultura, que llega en Livio a atribuirle un antiguo origen griego, como indica asimismo Estrabón (III, 4.6) y, después, otros autores. Pero es interesante ver cómo, con el paso del tiempo, tal reconocimiento evolucionó. Plinio (*Nat*. XVI, 216) anota las virtudes Saguntinas pero incluye en su consideración no sólo la antigüedad de una tradición religiosa compartida como es el culto a Diana sino también la vetustez del templo saguntino, acerca del cual recoge la noticia erudita de sus columnas de madera lo cual en época flavia (70-80 d.C.), incluso en Hispania, no podía considerarse más que como un anacronismo veladamente impropio de una ciudad importante. Y es que, en el curso de unas generaciones, la historiografía latina sustituyó, por una parte, la reputación heroica de Sagunto por el anecdotario de los efectos que allí produjo la brutalidad de Aníbal, como refleja Petronio (*Satiricón* 141,9) cuando dice que los saguntinos comieron carne humana durante el asedio cartaginés, pero, sobre todo, por su capacidad productiva, que es conocida por Marcial (XIV, 108), Plinio (*Nat*. XXXV, 160-161), Juvenal (V, 24-29) o Frontón (*Ep. De Elocuentia* Ia) a través de sus vinos y de sus cerámicas, tachados, sin embargo, de mediocres. Y, por otra parte, se asiste a la utilización del calificativo 'saguntino' para designar productos provenientes del S de la Tarraconense, de modo que la ciudad que había comenzado siendo singular pasará a ser centro artesanal y etiqueta regional de bienes considerados en la metrópolis provincianos.

La relación de Roma con Sagunto está, por lo tanto, supeditada al tiempo. La República romana desplegó una estrategia de alianzas con el *oppidum* ibérico que hoy nos inclinamos a ver reforzadas por la presencia de un contingente de ciudadanos activo en la transformación de su sociedad, muy ligada al comercio, que explicaría, además, la segregación de *Arse-Saguntum* de su entorno más próximo en época iberorromana, cuando la ciudad adopta un comportamiento distinto al de otros *oppida* edetanos.

Augusto le concedió la categoría de municipio de ciudadanos romanos al mismo tiempo que se la otorgó a Ampurias, Rosas y Cádiz, antiguas fundaciones coloniales, y a algunas otras ciudades indígenas de la Península (*Baetulo*, *Ilerda*, *Osca*, *Calagurris*, *Olisipo*…) de entre las que Sagunto destaca, por lo que sabemos, por el proyecto urbanístico del que fue objeto en ese momento, que hay que apreciar no por la suntuosidad de su puesta en obra sino por su concepto y simbolismo ya que, tras su realización, debió convertirla en uno de los antiguos poblados ibéricos más reconocible como ciudad romanizada en el paisaje hispanorromano, haciendo honor a su trayectoria histórica, sin duda políticamente valorada en este momento.

La evolución posterior viene a demostrar la alineación con las demás ciudades romanas de origen hispano, emplazadas en cuanto a inversiones, en general, por detrás de las colonias, pero más estables que éstas frente a los avatares de la capital del Imperio, como se hace especialmente ostensible con motivo de la crisis que da paso al bajo Imperio, con la drástica disminución del comercio de larga distancia, o a través de la distinta repercusión de las decisiones políticas sobre el futuro de colonias y municipios cuando la crisis da lugar al abandono de algunas ciudades privilegiando la continuidad de las de origen colonial.

Siendo *Saguntum* una ciudad vecina de *Valentia* las diferencias entre un municipio y una colonia en el transcurso de los siglos III al VI d.C. sirven de ejemplo del distanciamiento político-administrativo que se produjo en esta época entre una y otra, que tiene una de sus expresiones en el hecho de que la segunda acabara siendo sede episcopal y la primera acabara sustituyendo su nombre histórico por el de Morvedre, alusivo a la antigüedad y abandono de sus edificios, emblema, en otro tiempo, de su precoz vinculación a Roma.

Pero si Sagunto fue para Roma una población con distintas valoraciones a lo largo de la historia ¿qué han sido Roma y Sagunto para nuestra cultura y nuestro tiempo?

La instrumentalización del pasado entre los siglos XIX y XX ha marcado la noción de Roma en la historia de España para la inmensa mayoría de la sociedad actual si bien es conveniente señalar la diferencia entre la justificación en el pasado del sentimiento nacional que ocupó entre 1830 y 1930 el afán de estudiosos de distintas tendencias que buscaban en la prehistoria o en la protohistoria el punto de arranque de la conciencia nacional (Cánovas 1981; García 1999), y la construcción del *espíritu nacional* en la doctrina de la Falange a partir de esa fecha que dio a la Roma imperial un papel decisivo en dicha formación. Es distinta la apreciación de Llorente en el prólogo de la obra del Cronista Chabret (1888) cuando se queja del abandono en que Roma ha dejado a los saguntinos y dice:

> *...los saguntinos, abandonados por los pueblos comarcanos, envidiosos por su grandeza, abandonados también por la ingrata Roma, a cuya alianza lo sacrifican todo; nos conmueven con su expectativa ansiosa del esperado socorro, y nos indigna la llegada de los mensajeros romanos, que en vez de auxilios eficaces, no traen más que protestas inútiles, desoídas por el Senado de Cartago…*

que lo que se escribiría sobre Roma y Sagunto en los años 30 y 40. Los manuales y la propaganda que mayoritariamente han llegado a nuestras manos y la opinión de los historiadores y arqueólogos que ha llegado a nuestros oídos, contienen todavía ecos del nacionalismo franquista ya que, pese al rechazo generalizado de esta etapa en nuestros días, la historiografía, en lo que a Roma respecta, apenas ha comenzado a ser analizada críticamente (Arce y Olmos 1991; Díaz Andreu 1993, 74-82; Duplá 2001, 167-190) y a desvelar, consecuentemente, lo que subyace en ella.

Sagunto, que inspiró por su epopeya a escritores tan queridos como Blasco Ibáñez (Olmos 1993, 365-378), sin duda el más liberal con *Sonnica la Cortesana* (1901) de los que recrearon su pasado, no tuvo en esos momentos a un arqueólogo a su servicio comparable a lo que fueron, por ejemplo, Taracena (1895-1950) para Numancia, o Santa Olalla para los visigodos del Reino de Toledo -que satisfacían a la vez el germanismo y la primacía de Castilla en la visión centralista de España del que fuera profesor de etnología de la Universidad de Valencia entre los años 1958 y 1964, aunque no por ello dejó de despertar ecos patrios como símbolo del rechazo al invasor y de amistad con Roma, dos de los valores más preciados del pensamiento joseantoniniano.

Eso es lo que del Sagunto histórico ha quedado en nuestro registro de conocimientos, la resistencia a los púnicos que habían jurado *odio eterno a los romanos*, actitud en la que residía la clave de su descalificación. Eran tiempos que no requería para nada el concurso de especialistas para enraizar sus máximas ideológicas, porque reducía la historia a una serie de ejemplos al servicio del *destino* de ser *español* -que la resistencia frente a Aníbal y la alianza con Roma saguntinas ponían en bandeja- y *lo español* era en su esquema algo tan esencial y tan providencial que lo que urgía era, ante todo, propagarlo por el mundo. Y de ahí que fueran más los arqueólogos que se acercaron al régimen totalitario ofreciendo los ejemplos que éste apetecía (Cabré 1944, 66) que los que elaboraron un discurso argumentado a partir de sus convicciones, frecuentemente olvidadas, silenciadas por necesidad o partidas hacia el exilio mientras el país oficial anclaba en su pasado romano la vocación de marchar por *el imperio hacia dios* y el país real marchaba hacia la penuria en el más amplio sentido de la palabra y, en parte, hacia la emigración. Por eso es adecuado referirse al caso de Tovar (1911-1985), catedrático en Salamanca, especialista reconocido internacionalmente en el estudio de las lenguas prelatinas de la Península Ibérica y autor de una proclama que sitúa la romanización en el origen de la unidad de España y de su *destino en lo universal*. Es con seguridad su texto sobre el *Imperio de España* (1937) el que sustituye el debate sobre iberos, celtas y celtíberos, de antecedentes decimonónicos y basado en el origen y cultura de los primeros pobladores de España, por la prioridad, por encima del *origen*, del *destino* imperialista y mesiánico, que no podía arrancar más que de la romanización, saldando la disputa entre celtas e iberos con la imposición del concepto político de la *hispanidad*, que hoy casi nadie sabe qué significa y que está en vías de desaparecer del calendario, pero que dio lugar a celebraciones de reminiscencias fascistas en honor a Augusto, en Zaragoza o Tarragona, acompañadas de la instalación de réplicas del Augusto de Prima Porta, regalo de Musolini, o la exaltación del emperador Trajano, nacido en *Itálica* (Santiponce), como primer gran estratega español en el mundo, y de Teodosio, natural de Coca (Segovia), como adalid del cristianismo, líderes entonces ejemplares y siempre caros al ideario conservador.

Pero sin duda la ausencia de un arqueólogo con capacidad para opinar sobre el pasado romano de Sagunto en la primera mitad del siglo XX, con la autoridad que tuvo el cronista Chabret (1846-1907) inmediatamente antes, es susceptible de una explicación más detallada que guarda relación con la mayor afinidad de los arqueólogos valencianos, organizados desde mediados de los años 20 en torno al SIP y al Laboratorio de Arqueología de la Universidad, con el pasado ibérico en tanto que situación favorable no sólo al protagonismo de la periferia mediterránea en el ideario patrio sino también a la *región* valenciana, sin 'campos de urnas' célticos ni cultura tartésica que enturbiara la tradición de los antiguos sicanos de las riberas del Júcar antecesores de los iberos (Fletcher 1960), según se opinaba entonces. Sólo a continuación juega el consenso acerca de la pluralidad étnica de la Península Ibérica, siguiendo postulados de Bosch Gimpera (1871-1974) pero, sobre todo, como reacción contra el celtismo (Cortadella 1988, 17-25). En la valoración valenciana de Bosch jugó un papel su discurso de apertura del año académico de 1937-1938 en la Universidad de Valencia (Bosch Gimpera 1978) y la presencia de Pericot (1899-1979), que le había conocido en Barcelona, como colaborador del SIP a partir de la toma de posesión de su plaza de catedrático de historia en esta Universidad, entre 1927 y 1933. La partida al exilio del primero y la adaptación del segundo a las circunstancias, unida a su talante conciliador, llevaron a cribar los contenidos de la obra de Bosch en la posguerra. Así se aprecia en el prólogo para la edición de *Las cerámicas ibéricas pintadas del Cerro de San Miguel de Liria* (Pericot 1954), y en el hecho de que, en general, los arqueólogos se

ocuparan más de demostrar los errores de las propuestas científicas de Bosch que de recordar sus aciertos humanísticos.

Entre 1920 y 1935 González Simancas (1923; 1927; 1933) excavaba sin pena ni gloria en Sagunto, completamente ajeno a los arqueólogos valencianos y con una escasa proyección personal y profesional en Madrid desde cuya Junta de Ampliación de Estudios, reconvertida después de la Guerra Civil en el Centro de Estudios Históricos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, recibía medios que le permitían actuar holgadamente sobre el yacimiento. La resistencia a los púnicos le atraía especialmente como se deduce de los informes publicados regularmente por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, metódicos aunque carentes, normalmente, de bibliografía.

Cuando a mediados de los 40 Beltrán Villagrasa tomó las riendas de la arqueología saguntina su papel se dejó notar muy positivamente en la reordenación de la colección arqueológica del Museo de Sagunto llevada a cabo primero con la ayuda de Mariano Gómez Nadal y después con la de Fecundo Roca, aunque también se advierte, por otra parte, su motivación por desvelar los secretos de la lengua ibérica en un lugar donde se habló y escribió en ibérico y en latín, ocultos, tal vez, en el deseado documento epigráfico bilingüe todavía inédito y, de hecho, los más extensos trabajos de investigación sobre Sagunto de Beltrán Villagrasa, versan sobre la etapa iberorromana.

Es muy significativo que cuando en 1957 el Centro Arqueológico Saguntino comenzó a publicar su boletín periódico eligiera el nombre ibérico de *Arse*, más afín con las convicciones de la arqueología valenciana que otro que hubiera estado relacionado con la época romana, y que cuando en 1982 se celebró el XXV aniversario de su creación el editorial recordara *que también en este año de 1982 cumple su 2200 aniversario de su gloriosa gesta frente al invasor cartaginés*.

De este modo Sagunto, que tiene su singularidad, en lo que a la etapa que me ha sido encomendado tratar se refiere, en la época romano-republicana, con una historia sin emperadores, ni mártires, careció de un portavoz con solvencia académica y se fue convirtiendo en un paisaje escasamente explicado, y difícilmente comprensible por tanto, al que se otorgó por parte de Menéndez Pidal el papel de ser *cuna de la hispanidad* por encabezar la incondicionalidad de su entrega a Roma, madre de la identidad nacional propugnada por un importante sector falangista, siguiendo ese lenguaje biológico que tanto se repite en la búsqueda de los ancestros, como si la cultura pudiera rastrarse genealógicamente. Aunque pienso que son pocos los saguntinos y los valencianos identificados con semejante *cuna*.

Por eso ha trascendido en el bagaje de conocimientos de buena parte de la población contemporánea como el escenario de una batalla que puso a sus habitantes, como *buenos españoles*, en la situación de demostrar que preferían morir a rendirse. Ese mensaje no caló nunca, sin embargo, en el talante de muchos de los historiadores y arqueólogos valencianos que optaron, en consecuencia, por cerrar el capítulo de la arqueología saguntina en donde la habían dejado los autores del siglo XIX.

Tarradell, desde su cátedra en la Universidad de Valencia (1956-1970), había visto en sus primeros años valencianos el interés de actualizar la arqueología romana saguntina y así las tesis de licenciatura de sus primeros alumnos Gabriela Martín y Enrique Llobregat (1941-2003) trataron de la *terra sigillata* y de las fuentes escritas de Sagunto, respectivamente, pero esos trabajos no supusieron el inicio de una investigación regular sobre la ciudad por parte de sus autores, que, como el maestro, dejaron de residir en Valencia a principios de los 70 y se dedicaron a investigar sobre otros temas.

Brú i Vidal cubrió el silencio académico sobre Sagunto con sus publicaciones sobre el circo, presentadas a congresos de nivel nacional, y con la pequeña síntesis titulada *Els romans a les terres valencianes*, mientras otros trabajos, fundamentalmente sobre epigrafía y numismática iban llenando el vacío de la investigación de época romana que precedió los estudios recientes del puerto, del teatro y del foro a los que he estado vinculada y que van a ser tratados sintéticamente a continuación.
Son aportaciones planteadas desde supuestos y con objetivos muy distintos a los de la *hispanidad* (o la *iberidad* como su contrapunto), que abren el camino de la apreciación de esta ciudad histórica como un lugar en donde es posible reconciliar el pasado y el presente.

Arse-Saguntum, ciudad portuaria

Las aglomeraciones urbanas estrechamente ligadas a su frente marítimo que establecen relaciones cívicas, económicas, funcionales y de complementariedad con su puerto reciben el nombre de ciudades portuarias. En la antigüedad mediterránea se distinguen dos tradiciones en esta categoría de ciudades: la fenicio-púnica que, sobre todo en los casos de las fundaciones coloniales, integra urbanísticamente en la medida de lo posible ciudad y puerto y la tradición clásica que con mucha frecuencia establece un sistema dual entre ambos, tanto si se trata de ocupaciones espacialmente contiguas o separadas; piénsese en Roma y el puerto fluvial del Tíber, o en Atenas y El Pireo, entre otros muchos ejemplos (*Emporion* fundación unida al mar inicialmente y *Emporiae*, que elige una posición algo más separada del puerto; *Tárraco*, con el área monumental administrativa próxima al mar, etc.).

Las indicaciones en Polibio, Livio y Plinio de la distancia desde Sagunto al mar no dan más que una orientación aproximada que se justifica porque la configuración del litoral con sus albuferas admite una cierta imprecisión en la descripción del medio continental y el marítimo o lacunar. En el grabado de Laborde (1811, lám. CIV) con la vista de la Ciudadela, de finales del s. XVIII, el Mediterráneo y las naves se aproximan al Castell mucho más de lo que hoy parece verosímil. Pero, volviendo a la antigüedad, tiene más interés la repetición en distintos autores de la separación de la plaza de Sagunto y el mar que la estimación de la distancia entre ambos, que no aspira a ser exacta.

Más que por la consideración global de las fuentes escritas y la geomorfología de la costa, las contadas propuestas para la localización del puerto saguntino han estado condicionadas por la mención en Polibio (*Hist*. III, 59, 6-8) del campamento romano de los Escipiones junto al santuario de Afrodita o Venus, y, dado que fue en Almenara donde primero se dieron a conocer ruinas junto al mar, el sector situado al N de la desembocadura del Palancia ha contado tradicionalmente con una mayor atención por parte de los estudiosos y es así como cobran protagonismo la Muntanyeta dels Estanys d'Almenara y, para el campamento militar, el Punt del Cid, en el mismo término municipal de la Plana Baixa.

Sin embargo muchos de los que hemos realizado prospecciones y excavaciones ponemos en duda la posibilidad de que el puerto de *Arse-Saguntum* estuviera en Almenara porque lo que se conserva en el Punt del Cid es, todo lo más, de época visigótica; los edificios de la Muntanyeta dels Estanys, de época imperial romana y, principalmente, funerarios (Arasa 1998, 129-145 y 2000, 113-118), el ara de pequeño tamaño recuperada recientemente en el marjal accidentalmente, no es anterior al cambio de Era, y hasta los hallazgos subacuáticos del fondo del propio Estany Gran desmienten su utilización regular como puerto en la antigüedad.

De ahí la afirmación sin reservas de Brú i Vidal (1963, 174) cuando dice: *…mes l'Arqueologia ens ha mostrat el veritable port de Sagunt romà al lloc denominat el 'Grau Vell', on hi ha uns murs avui enfonats sota l'aigua; la gran quantitat d'àmfores submergides, i una necròpolis romana tardana vora la mateixa platja…*, que zanja con acierto la cuestión del emplazamiento del primer puerto de Sagunto con argumentos que no son banales, porque es bien sabido que en un último intento de llegar a puerto naufragan con frecuencia embarcaciones accidentadas, que el trasiego de mercancías da lugar a la pérdida de algunas de ellas y que en los muelles de los puertos se dejan naves en desuso que acaban en el fondo del mar, luego la concentración de hallazgos de ánforas, a la que alude Brú, es muy significativa. Sin embargo estos indicios dejan sin resolver el problema del antiguo santuario y del campamento romano que, en definitiva, guardan más relación con la narración puntual de la II Guerra Púnica que con las instalaciones portuarias de la ciudad, sin quitar interés a la posibilidad del *Afrodision* que en los textos avala el filohelenismo saguntino.

El Grau Vell, unido a la falda del Castell por el Camí Vell de la Mar, con una ocupación que se remonta a la época ibérica antigua y prosigue sin interrupciones hasta el siglo, designado en 1459 como puerto por Juan II, y con funcionamiento como tal hasta que se inauguró en 1909 el puerto autorizado por R.D. de 1902 a la Compañía Minera de Sierra Menera que, a partir de 1917, utilizó la Siderúrgica del Mediterráneo y, ya en 1940, la Sociedad de Altos Hornos de Vizcaya, reúne todas las condiciones para ser considerado el puerto histórico de Sagunto, como ha ratificado la arqueología.

Sobre la fundación del Grau Vell y su posible carácter colonial

En diversas publicaciones, y al hilo de la doble toponimia *Arse-Saguntum*, se ha planteado la posibilidad de que existiera en Sagunto una dípolis o ciudad doble. Se ha dicho además que el asentamiento marítimo podría haber sido creado por una comunidad extranjera con presencia de griegos, o bien funcionar como un emporio comercial pluriétnico.

Los numismáticos (Ripollès y Llorens 2002) han insistido reiteradamente en esta cuestión cuya solución no es, en ningún caso, sencilla. En consonancia con los textos antiguos que insisten en la distancia entre Sagunto y el mar, se da la paradoja de que, de tratarse de dos núcleos con distinto nombre, el topónimo indígena tendría que ubicarse junto al mar y el que tiene una etimología clásica (o bien fue naturalizado de este modo por los antiguos) se situaría en altura. Ello rompe las pautas del poblamiento ibérico que elige, salvo contadas excepciones, lugares estratégicos elevados y con una buena visibilidad sobre el paisaje que los rodea, mientras que desconoce, prácticamente, la ocupación con directa salida al mar y, de hecho, en el estado actual de la investigación, el Grau Vell es uno de los pocos yacimiento a orillas del mar entre Tarragona y Cartagena con 12 siglos de vida, singularidad que podría orientar hacia su origen extranjero, si hubiera algo más que la ubicación que lo ratificara.

Sin embargo, se da la circunstancia de que el sector costero de la provincia de Valencia no tiene atestiguadas fundaciones coloniales propiamente dichas de época orientalizante, arcaica o clásica, por lo que su contacto con los fenicios, griegos y púnicos, cuando éstos dominaban las rutas del Mediterráneo occidental, recae sobre la participación de las poblaciones ibéricas, generando formas socio-económicas que afectan a la estructuración aristocrática ibérica, y que podrían tener en el Grau Vell un ejemplo de cómo se constituye un nexo con el tráfico marítimo a partir de un *oppidum* ibérico.

Pero tratar de dar entidad jurídico-administrativa diferente a las dos aglomeraciones aludidas no resuelve el problema; conduce, más bien, a tener que explicar la anomalía del patrón de asentamiento, antes citada, y a la dificultad de definir, en el caso de la separación en dos núcleos, las relaciones civiles y económicas entre ambos, por no hablar de la ausencia de datos arqueológicos para distinguir la cultura material ibérica de la supuestamente colonial, de modo que tal diferenciación resulta en mi opinión a priorística cuando se propone para el Castell y el Grau Vell. Hay que tener en cuenta que no es seguro –ni probable- que *Arse* y *Saguntum* tuvieran una vigencia paralela o simultánea a lo largo de los tiempos, mientras que los dos yacimientos arqueológicos, sí que la tienen. En términos económico-administrativos se hace difícil separar un área portuaria de 1,5 ha de extensión máxima estimada de la ciudad en altura, de alrededor de 10 ha y a tan sólo 2 km de la primera, y, por lo tanto, incluida en su territorio inmediato, mientras que en términos histórico-políticos se entiende mal el conflicto de la toma por Aníbal y posterior recuperación romana del *oppidum* sin que haya mención explícita a *la otra* aglomeración costera en los textos clásicos, aglomeración que si fuese extranjera sería también anómalo considerar supeditada a la población ibérica.

¿Podrían ser *Arse* y *Saguntum* dos maneras de nombrar la misma ciudad?

Se trataría, así, de un asentamiento con dos sectores discontinuos integrados políticamente que, por razones de su excepcional posición geográfica, sirvió de nudo de comunicaciones entre el N y el S del litoral peninsular y entre Ibiza y el territorio ibérico central. La optimización de su potencial viario pudo llevar a la población, en un momento dado, a postergar su antiguo nombre en favor del que la vinculaba a Roma, que fue quien la introdujo en la historia e inventó su origen mítico, como culminación de una trayectoria de relaciones exteriores previamente establecida que se precipita ante los acontecimientos de la II Guerra Púnica (Aranegui 1994, 31-43). En el caso de Sagunto, por tanto, una ciudad con dos nombres se entiende mejor que dos ciudades paralelas, para su periodo antiguo, aceptando que cualquier ciudad portuaria contiene una dualidad demográfica en ciernes.

Sin duda la población autóctona estuvo en Sagunto mucho más abierta al exterior desde el momento en que desarrolló su puerto. El hábitat del Grau Vell, en el estado actual de su documentación, se creó para servir de escala a un circuito comercial en el que están presentes las ciudades de la costa de Málaga y Almería, las ibéricas del E peninsular, las colonias fenicias de Ibiza y Cartago y las focenses de Ampurias y Marsella a finales del s. VI a.C. Las excavaciones demuestran, por otra parte, que las mercancías que transitan inicialmente por este circuito son no sólo productos alimenticios, como los derivados de la pesca, el vino y el aceite, ni bienes de uso, como las vajillas, sino también materias primas, como los metales, ya que algunos fragmentos de galena argentífera, verosímilmente procedentes de los yacimientos de la Sierra Calderona, han aparecido en los almacenes portuarios.

Y, sin duda, la apertura regular al comercio mediterráneo tuvo que afectar a la cultura y a la economía de la ciudad, puesto que alentó una vocación marítima imbricada en los intereses mercantiles de distintas ciudades extranjeras de su entorno. El objetivo inicial del Grau Vell no fue suministrar bienes a *Arse* sino expedir la producción propia y ajena a los puertos ubicados en el arco mediterráneo occidental, si bien el beneficio de esta actividad sí que tuvo una repercusión favorable sobre la población ibérica.

Las excavaciones del Grau Vell

En el solar adyacente al cuartel de carabineros, abandonado hacia la década de los sesenta a la vez que se expropiaban las fincas agrícolas próximas al mismo, se han venido desarrollando sobre terrenos de titularidad pública excavaciones arqueológicas desde 1974 (Aranegui 1982; Barrachina y otras 1984, 205-228; Aranegui y otros 1985, 201-223; Aranegui y otras 1991, 117-127; Aranegui y otros 1998, 205-212). También se han realizado algunas prospecciones subacuáticas (Bertó 1988, 198-201; De Juan 2002, 115-126; Giner 2002, 81-97) con resultados preliminares de interés, tanto para la localización de algunos pecios, como para la identificación de fondeaderos y, sobre todo, de obras construidas en el mar.

La primera revelación de estos trabajos pone de manifiesto la buena conservación de la secuencia estratigráfica en el yacimiento terrestre, con una sucesión de niveles de ocupación que va desde, al menos, el final s. VI a.C. hasta el s. VI d.C., sin interferencias de épocas más recientes en lo esencial. El solar arqueológico es, por tanto, idóneo para documentar la evolución portuaria de *Arse-Saguntum*.

La segunda conclusión destacable de las excavaciones es la tipología portuaria del asentamiento. Aunque lo excavado no abarca la totalidad del yacimiento, la arqueología da una lectura en la que están presentes algunos de los equipamientos característicos de un puerto antiguo, así como los fenómenos que tienen lugar en su espacio, lo que convierte el Grau Vell en testimonio único de esta índole en la provincia de Valencia.

La primera romanización

La primera transformación urbanística de envergadura en el puerto de Sagunto corresponde a la etapa posterior a la II Guerra Púnica. Coincidiendo con la urbanización de la parte oriental de la cima del Castell, el Grau Vell asiste a una redistribución del espacio que cambia la orientación de las dependencias, dispuestas a partir de ahora en sentido perpendicular al mar y organizadas alrededor de una torre (5 m x 6,8 m) que permanecerá a lo largo de los tiempos.

Prospecciones subacuáticas relacionan un dique de más de 10 m de anchura y unos 130 m de longitud que finaliza en una plataforma de 25 m de diámetro (¿un faro?) con esta torre, todo ello perfectamente orientado para proteger el puerto de los temporales y corrientes marinas dominantes, obra portuaria que, de comprobarse la datación romano-republicana que tiene propuesta (De Juan 2002, 115-126), constituiría un testimonio excepcional en la costa peninsular. Tendríamos, en consecuencia, un puerto bien señalizado y con un elemento defensivo en tierra firme, sistema que, en el Mediterráneo, no se produce con anterioridad a la época helenística.

Este cambio viene acompañado por la presencia de materiales itálicos tanto en lo que se refiere a ánforas (Dr. 1) como a servicios de mesa (cerámicas campanienses) o de cocina, aunque junto a ellos sigue habiendo productos de facies púnica de Cádiz, de Ibiza y de Tunicia, lugares dominados por Roma tras la victoria sobre Aníbal. Estas cerámicas se corresponden ahora con lo hallado en el Castell, de modo que se aprecia una mayor relación del tráfico marítimo con el suministro a la ciudad que en los primeros momentos de vigencia del puerto.

El Alto Imperio

Alrededor del cambio de Era se documentan unas construcciones dispuestas en batería, frente al mar, estrechas y largas, con unas dimensiones de 3 x 6,5 m, algunas con aspecto de tinglados por tener una alineación de soportes de columna o pilastra en el eje central. Se levantan sobre zócalos de piedra que incluyen bloques de caliza

dolomítica del Castell, construidos con la técnica denominada *opus africanum*, que sirven de base a paredes de tapial revestidas de estuco con cubiertas de tégulas e ímbrices. Es probable que estas dependencias sirvieran de almacén en su planta baja –con suelos muy sencillos (tierra apisonada, ladrillos, grava)- y tuvieran un piso superior para usos domésticos.

Algunos sectores del yacimiento presentan vertidos de cascote de ánfora para elevar y drenar sus cimientos, fácilmente inundables por el oleaje o los temporales, y es a través de estos rellenos cerámicos como se documentó el predominio de productos hispánicos en el tráfico comercial altoimperial, por una parte, y la importancia en ese tráfico del vino saguntino, envasado en ánforas Dr. 2-4, por otra. El puerto sigue siendo en este periodo escala de la distribución de mercancías del S peninsular (ánforas de salazones Dr. 7-11 y lingotes de plomo, mucho más abundantes entre los hallazgos que el aceite de la Bética, aquí escaso a juzgar por las ánforas).

Las conexiones desde el Grau Vell se amplían ahora sensiblemente, hacia Roma a través del Estrecho de Bonifacio, o remontando la costa hasta Ampurias, desde donde el comercio sigue hacia Narbona e incluso puede salir hacia el Atlántico cruzando la ruta terrestre del corredor aquitano. La dispersión de hallazgos de origen saguntino a lo ancho de la geografía altoimperial, indica estos itinerarios. La vajilla de *terra sigillata* itálica y sudgálica, la cerámica itálica común y de cocina, entre otros productos, se introducen en Sagunto y en su área de influencia a través de este puerto.

A la espera de los resultados de una investigación subacuática sistemática en la zona, es de gran interés observar que hay algunos cepos de anclas romanas hallados en aguas del Grau Vell marcados con nombres personales porque esta onomástica denota el origen de los armadores (*navicularii*). Las anclas iban dispuestas por pares en los navíos, estando su tamaño y peso en relación con el tonelaje de las embarcaciones. Por eso llama la atención, en primer lugar, el cepo de plomo de 186 cm de longitud, recuperado en 1987 cerca de un cargamento de ánforas de salazón, entre otras, con una inscripción estampada que menciona a un *M(arci) Ael(ii) A(ulii) L(iberti)*, personaje que podría ser hispano (Aranegui y Bertó 1991, 79-80) e incluso tener relación con Sagunto. Pero no menos interés presentaba otro cepo más pequeño de hierro, datable en consecuencia del s. II en adelante, con el sello *Gemini* porque este *cognomen* es el de los *Baebii Gemini*, familia antigua y preeminente en la sociedad saguntina, aunque este segundo documento desapareció por robo de la colección del Museo de Sagunto, por lo que no es factible su actual análisis.

A la espera de disponer de pecios excavados en la costa valenciana, los resultados obtenidos respecto al transporte de vinos hispanos en naves de unos 10 m de eslora pueden ser indicativos respecto al módulo de embarcación que recalaría en el Grau Vell a comienzos del Imperio para seguir rumbo a la Narbonense o hacia Italia, probablemente más pequeño, en términos generales, que el de los navíos mercantes romano-republicanos.

Queda, por lo tanto, abierta con expectativas favorables la cuestión de la participación hispana y saguntina altoimperial en el negocio del transporte de larga distancia, cuando se embarcaban sobre todo los productos alimenticios que Roma necesitaba para sus propios habitantes y para el avituallamiento de las legiones que tenía destacadas en las fronteras de su Imperio. En apoyo de esta actividad mercantil está el ara votiva dedicada por el saguntino Lucio Valerio a Isis Marina (*CIL* II^2 14/295), divinidad de origen egipcio protectora de la navegación que debió tener un espacio de culto en el área en donde está el calvario actual, en la vertiente N del Castell, de donde procede la inscripción.

Pero el conjunto portuario, hacia finales del Alto Imperio, debió albergar una capilla dedicada a Venus, si se acepta la lectura *Ven*(*eri*) *s*(*acrum*) (*CIL* II^2, 14/596) de un fragmento de inscripción en placa de mármol de Buixcarró (Játiva) recuperado en las excavaciones de 1976, dedicatoria usual por propiciatoria en ambiente marinero e interesante precisamente en Sagunto, donde esta divinidad no cuenta con otras inscripciones votivas, a pesar de la mención en Polibio del antiguo santuario tan buscado por los arqueólogos y con tanta insistencia reclamado para Almenara. La datación avanzada de esta dedicatoria no demuestra que éste sea el lugar de culto a Venus para la época de la II Guerra Púnica, aunque constituye un dato para los ss. II-III y una probable reminiscencia de una devoción desarrollada con anterioridad en el puerto saguntino (Aranegui 1988, 63-66).

La época bajoimperial

A partir de la crisis del s. III la economía romana sufre transformaciones que afectan al tráfico marítimo. El espacio mediterráneo se escinde, disminuyendo las relaciones entre Oriente y Occidente y, en la cuenca occidental, son las provincias africanas las que acaparan la producción de bienes de uso y consumo, que aparecen ahora distribuidos, principalmente, por las franjas litorales, por lo que se puede decir que el volumen del comercio de larga distancia disminuye a la vez que se restringe la redistribución por tierra del mismo. Pero no hay que descartar, sin embargo, un transporte puntual de objetos suntuarios procedentes de Oriente destinados a la aristocracia occidental de la época, amante del boato y del lujo que lo oriental representa, como bien se aprecia en las pertenencias que de ella nos han llegado.

En la fase comprendida entre finales del siglo III y principios del siglo VI el puerto mantiene el mismo emplazamiento que tenía previamente aunque tiene lugar una subdivisión de los espacios de almacenaje con empleo de técnicas constructivas muy sencillas. Utilizando bolos de río y cantos rodados se implantan habitaciones de poca consistencia y pequeño tamaño sobre la pavimentación que antecede al torreón, al tiempo que se dividen algunas de las estancias estrechas y largas que antes servían de depósitos de mercancías. Ello indica un cambio en el uso del espacio. Aparecen también habitaciones con las resistentes tinajas cerámicas conocidas con el nombre de dolias propias del transporte de bienes a granel –sin estar envasado en ánforas-, lo que se corresponde con la circulación de barcos de 8 a 10 m de eslora en los que las dolias sirven de lastre.

En uno de los sectores del área excavada la reconstrucción bajoimperial va acompañada de una refacción de los estucos murales pintados, con *graffiti* inscritos aquí y allá por los usuarios del lugar (Guiral 1992, 139-178). Se trata de una muestra que, pese a estar pendiente todavía de restauración, indica la adaptación a los gustos artísticos de la época constantiniana y un cierto esmero en el acabado de estas estancias portuarias. Aunque, desde el punto de vista económico, este tratamiento decorativo denota la importancia que cobran las viviendas a expensas de los espacios de almacenaje en el s. IV.

La única necrópolis que ha proporcionado lápidas funerarias en el área del Grau Vell pertenece a esta etapa (*CIL* II^2, 14/594 y 595), mostrando los epígrafes que en el lugar vivían familias (una inscripción pertenece a una niña de siete años) relacionadas por sus nombres con las saguntinas. Las tumbas fueron destruidas cuando se construyeron los refugios para las baterías de costa en 1938 y tienen el interés de marcar el límite del yacimiento por el N y de plantear la existencia de un camino que

discurriera cerca del mar y en dirección al río y a Canet, documentado todavía en la cartografía del s. XIX.

Por último, hacia el siglo V se advierte una decadencia del lugar que va acompañada de la construcción de silos que, rompiendo lo que antes habían sido almacenes y viviendas, sirven para el depósito de gramíneas o leguminosas para su posible transporte por mar, antes del cese de actividades en el Grau Vell durante el s. VI.

A lo largo de la romanidad tardía la evolución del tráfico marítimo se sigue, en primer lugar, por las cerámicas de importación, de mesa y de cocina. Con respecto a las ánforas, predominan las africanas grandes seguidas por las del S de la Lusitania y por una forma de Ibiza (PE 25), lo que indica la circulación de aceite y derivados de la pesca. Existen también, como se ha visto, abundantes restos de dolias y, al final del ciclo de la antigüedad, una práctica desaparición de las ánforas. Sólo a partir de las dolias y los silos podría intuirse la comercialización de productos locales después de los ss. III y IV en que predominan claramente envases y cerámicas de importación.

Se perfila de este modo la realidad de un circuito Tunicia-S Peninsular-Ibiza-Languedoc-Roma-Sagunto para el s. III del que queda excluida el área del Languedoc en el s. IV. Prosigue, de este modo, la tradición secular de las conexiones del Grau Vell con la particularidad de que el mayor volumen de mercancías proviene ahora de Tunicia.

Un panorama de contactos equiparable se desprende del estudio de la circulación monetaria (Gozalbes 1999) que se sigue bien a través de los hallazgos porque el suministro de monedas es constante hasta el abandono del lugar, si bien su cantidad no es la misma para cada una de las etapas del desarrollo tardío de este puerto.

El Foro

En la urbanística romana el complejo del foro jurídico-administrativo ocupa el primer puesto en el rango de los edificios que definen la ciudad. Constituye el núcleo de la vida urbana donde están los espacios para el ejercicio del derecho y la administración de lo público bajo la tutela de un templo que evoca la piedad del pueblo, vinculada a su buen gobierno.

La plaza porticada cerrada al tráfico rodado, con un templo preferentemente abierto hacia el S en su eje longitudinal, con el edificio de la curia, la basílica jurídica y las tabernas o lugares de control del precio de los productos intervenidos por el estado, son los componentes mínimos que reclama la autonomía política de una ciudad romana que, si es capital de provincia, tendrá dos foros administrativos. Junto a esos edificios se exponían las leyes inscritas en planchas de bronce, se desplegaba la estatuaria con su correspondiente epigrafía honorífica, las esculturas ecuestres, los togados y la retratística oficial, que proyectaban, en definitiva, la imagen propagandística del poder. Esta fórmula, que tanto éxito tuvo hasta la época flavia (70-80 d.C.), cambió en el s. II y en especial con los Antoninos (138-192 d.C.) al desplazarse la diplomacia y parte de la gestión oficial hacia la residencia imperial que salió del centro de la metrópolis, como bien muestra la Villa Adriana de Tívoli, a pocos kilómetros de Roma. Y ese cambio se dejó sentir también en las provincias occidentales, donde son excepción los complejos forenses que llegan como tales a finales del s. II

Aunque en muchos aspectos la evolución de la gran capital no guarde paralelismo con la inmensa mayoría de las ciudades y quede muy lejos de una tan pequeña como fue Sagunto, no cabe duda de que la idea de dar un soporte arquitectónico monumental a la gestión pública se propagó por la Península Ibérica de

la mano de su romanización, como se había difundido antes por el N de Italia cuando la Cisalpina quedó incorporada a Roma.

De ahí el interés en dar a conocer el ejemplo de Sagunto que se gestó a lo largo de la evolución particular que singularizó su historia. La restitución de la ciudad destrozada por la guerra, el breve plazo, probablemente hacia el 75 a.C., en que alcanzó el estatuto jurídico de colonia latina, según certifican sus acuñaciones monetales con la mención de los ediles de la colonia (v. Ripollès y Velaza 2002, 285-291* cap. I), y la ciudad federada que en el 56 a.C. aparece citada en un discurso de Cicerón (*Pro Balbo* IX, 23), suponen los pasos previos a la municipalización de Sagunto (Plin. *Nat*. III, 3, 20) que, de acuerdo con la epigrafía local (*CIL* II^{2,} 14/305), estaba cumplida en el 4/3 a.C. y fue consecuencia de la política establecida por Augusto en la segunda de sus estancias en *Tárraco*, hacia el 15-12 a.C.

Las excavaciones en el solar del foro, en la plaza de Armas del Castell, han contribuido a mostrar el escenario de la vida oficial de la ciudad, su evolución y su manera de vincularse a Roma.

El templo romano-republicano y su evolución arquitectónica

Las fuentes escritas mencionan templos dedicados a Afrodita/Venus (Polyb. Hist. III, 97, 6-8) y a Artemis/Diana (Plin. *Nat*., XVI, 216) en Sagunto, aunque la investigación arqueológica sólo ha confirmado la existencia desde el 200-175 a.C. del templo que preside el foro, cerca del cual han aparecido algunos exvotos con la representación de Hércules. Siendo Sagunto una ciudad reputada en la historia de Roma, estudiosos contemporáneos le han atribuido templos en el solar del foro pero los vestigios propuestos como tales no se confirman hoy (Aranegui 1992, 67-82).

Sin embargo las excavaciones realizadas a partir de 1983 han dado a conocer una construcción de proporciones cuadradas con alto podio, *cella* tripartita, *pronaos* y cisterna delantera que responde un templo tetrástilo de 14,28 m x 11,90 m, de orden toscano que puede hacer pensar en un capitolio -el templo representativo por antonomasia de Roma en época republicana, aquí a muy pequeña escala- edificado en una antigua zona consagrada devastada por el fuego en el s. IV a.C. A partir de esta obra se habilita un espacio en torno al cual se construyen dependencias diversas que se ocultan hoy bajo el foro augústeo.

El paisaje del la cima del Castell posterior al 200 a.C. lo que acentuaría, con respecto a la etapa previa, sería la dualidad del solar del *oppidum* y del ampliado complejo religioso, coronando, respectivamente, dos áreas separadas de la cima. Esta situación podría relacionarse con la heterogeneidad de los habitantes de Sagunto, en donde siempre hubo tránsito de gentes extranjeras, y con la doble toponimia ibérica (*Arse*) y latina (*Saguntum*) manifiesta en los epígrafes monetales de finales del s. II y principios del I a.C. Plantea, asimismo, la presencia de itálicos en Sagunto que se reclaman herederos de anteriores pobladores, en consonancia con lo que afirman las fuentes (Liv. XXI, 7,2), así que la dípolis saguntina (García y Bellido 1948), entendida como un desdoblamiento étnico de la población, si fuera una propuesta acertada, sólo tendría una escenificación física en el desdoblamiento urbanístico de este momento.

---

* Estos autores sitúan este episodio entre el 56 a.C. y la constitución del municipio de ciudadanos romanos, fecha en que la creación de una colonia latina resulta inusual en extremo. Más factible es que tal categoría tuviera lugar con anterioridad a la Guerra Social (Salmon 1970, 159-164)

La tercera fase constructiva consiste en la urbanización de la ladera meridional del Castell, que adquiere un aspecto monumental y fue acometida hacia el 80/50 a.C. e implica la mejora del acceso que mira al mar, lo que contribuye a marginar el *oppidum* ibérico, cada vez en situación más excéntrica.

El foro municipal

La planificación de época augústea supone en Sagunto, como en gran parte de las ciudades romanas, una transformación radical que afecta al concepto del espacio urbano, a la armonización de los distintos sectores que lo integran y a su valor simbólico.

Puesto que el municipio se proyecta sobre una pendiente, su modelo de urbanización no es la distribución campamental en damero, sino la sucesión de terrazas escalonadas que los arquitectos de época de Augusto admiraron en algunas ciudades helenísticas del Mediterráneo oriental y aplicaron a gran escala, por ejemplo, al caso de Tarragona, capital de la provincia.

El complejo monumental culminante será, en Sagunto, el foro municipal (Aranegui *et al*. 1987, 73-97) de la plaza de Armas, que se implanta sobre el de época republicana y mantiene el antiguo templo como eje y cabecera. El nuevo foro, sin embargo, obliga a una adecuación topográfica muy importante para responder a las nuevas exigencias arquitectónicas que requieren una superficie plana suficientemente grande y, para ello, se procedió a la construcción de un muro de contención que nivela la vaguada que separa las crestas orientales del Castell.

La plaza pública de un foro da cohesión a la totalidad del espacio edilicio. Se extiende en Sagunto al S del templo hasta describir un área de 54 m de longitud x 36 m de anchura, cumpliendo las proporciones 3:2 que preconiza Vitruvio, autor del gran tratado de arquitectura dedicado a Augusto. Excepto en la fachada del templo, es una plaza porticada a la que se abren los edificios oficiales de la curia, aquí a mayor altura, y la basílica jurídica y los espacios menores de las tabernas.

En las áreas centrales de los foros administrativos suele haber una proliferación de monumentos oficiales con sus correspondientes dedicatorias, más grandes y ricos, generalmente, que los de ámbito privado, que dan a conocer las claves de la identidad social de una ciudad. Sagunto ha sido poco generoso en la conservación de estas obras porque el uso continuado del Castell ha propiciado su desaparición. Se conserva, sin cabeza ni brazos, una escultura de joven togado en mármol de Luni-Carrara de época julio-claudia, que destaca porque lleva la *bulla* áurea que denota su juventud y alta alcurnia, con paralelos en las esculturas del teatro de Tarragona, e hipotéticamente atribuible a Cayo o Lucio, hijos de Augusto fallecidos prematuramente, togado que, en razón de su paralelismo artístico, podría ser atribuido a un taller de la capital de la provincia que empleó mármol importado de Italia. El otro togado, también incompleto y en mármol de la misma procedencia, presenta características estilísticas de época flavia y semejanzas con algunos de los de *Baelo Claudia* (Bolonia). Pero la pieza en principio más espectacular es un retrato imperial de tamaño superior al natural, reducido, sin embargo, a algunos fragmentos de su cabeza y cuerpo, de mármol de Paros. La corona cívica de hojas de encina asegura que se trata de un emperador que, por la iconografía de lo conservado, podría ser Tiberio homenajeado después de su muerte, o bien Calígula. Relativamente mejor suerte que las esculturas han tenido sus pedestales, probablemente porque son de caliza local. Varios de ellos provienen de la basílica aunque hay un basamento de la plaza del foro al que hay que prestar atención por el texto que presenta, compendio de la memoria histórica de la ciudad. *P(ublio) Scipioni*

co(n)s(uli)/ imp(eratori) ob restitu/tam Saguntum ex s(enatus) c(onsulto) bello punico secundo (*CIL* II^2, 14/327)*.

Inscripción en honor de Publio Escipión en Sagunto.

Es un texto alusivo a un acontecimiento descrito asimismo en las fuentes (Liv. XXVIII, 39,18). En 1987 identificamos como pavimento de la plaza del foro unas losas de cinco pies de altura y hasta 2,48 m de longitud, dispuestas en sentido E – O con las juntas alternantes. Advertimos también la existencia de un canal para facilitar la salida del agua de lluvia a lo largo del flanco occidental de ese suelo e, igualmente, adjudicamos una inscripción conocida con anterioridad (Alföldy 1977) a este enlosado. Se trata de un texto originalmente escrito en letras de bronce dorado de un pie de altura, en sentido transversal, sobre el tercio septentrional de la plaza, del que quedan las letras en negativo sobre la piedra y los orificios para el plomo que las fijaba al suelo, siguiendo una costumbre que está documentada desde en el Foro Romano de Roma, hasta en algunas ciudades del N de Africa, pasando por cada vez un número mayor de casos en la misma Hispania. La inscripción de Sagunto ha tenido la fortuna de ser estudiada por un gran especialista que, a partir de 12 fragmentos conservados, restituyó la totalidad del texto (*CIL* II^2, 14/374): *Cn. Baebius Cn. F. G(al). (Ge)min(us) Testam(ento) Foru(m) (de su pecun)ia D(onavit Cn. Baebius Cn. F. Gal…) …ni Fra(ter heres dedicavit).* De este modo tenemos pruebas de un caso local de evergetismo o financiación por parte de un particular de una obra pública.

Cneo Baebio Gémino pertenece a una de las familias mejor acreditadas en Sagunto y en su territorio, en donde, en época de Augusto, ostentó los cargos de pontífice, edil y salio. La donación testamentaria que destinó al foro de su ciudad no está especificada, pero no es necesario que consistiera en la pavimentación, que en otros ejemplos sí que constituye una donación, porque las letras están incrustadas en las losas sin ajustarse las palabras a las dimensiones de aquéllas, de modo que algunas coinciden

* A Publio Escipión, cónsul, general en jefe, por haber devuelto Sagunto (a Roma), mediante decreto del Senado, en la Segunda Guerra Púnica.

con las juntas del suelo. Hay, por tanto, un aparente desfase entre el empedrado de la plaza y la inclusión en el mismo de la inscripción. Tampoco es probable que toda la obra del foro corriera a cargo del benefactor de la ciudad; de ser así hubiera dispuesto éste de una fortuna superior a la que cabe evaluar para un munícipe provincial. De modo que, tal vez, sólo algún monumento específico o alguna mejora del conjunto serían hechos a su cargo. Precisamente en un extremo de la inscripción están las huellas de una barandilla o verja metálica a lo largo de diez pies lineales, posible delimitación de una obra artística próxima a la dedicatoria y quién sabe si relacionada con ella.

Interesante es, por otra parte, la constancia de que fuera su hermano y heredero el autor de la dedicación, pues ilustra la manera de satisfacer los impuestos por transmisión testamentaria aportando mejoras al patrimonio público, reconocida por la fiscalidad romana.

La inscripción atestigua, en definitiva, la colaboración de los saguntinos en el proyecto municipal, una aportación importante (aunque imprecisa) de su *burguesía* a la romanización y, colateralmente, una de las compensaciones tributarias derivadas de esta donación, sin que sea secundario el honor que supone para una familia saguntina presentarse brillantemente en el espacio de mayor excelencia de Sagunto, junto a esculturas de altos dignatarios entre los que, como hemos visto, no faltan las imágenes imperiales.

Los edificios de espectáculos

El teatro

Avanzando la urbanización del municipio hacia la ladera N del Castell y organizándose ésta en terrazas, el teatro se dispone al NO del foro, como monumento principal del nivel intermedio de la ciudad julio-claudia (Hernández 1988).

El sector central de la *cavea* aprovecha la pendiente para asentar el graderío, pero el resto del edificio muestra una variedad de sistemas de cimentación todavía más complejos que los del foro. Por una parte porque la planta semicircular exige substrucciones radiales allí donde hay que salvar una cota de nivel importante; por otra, porque hay una corredor subterráneo para llegar a las distintas localidades de la *cavea* que hay que hacer compatible con su cimentación, y, por último, porque el cuerpo escénico salva una altura considerable hasta cimentar en la roca. El teatro tiene, en consecuencia, necesariamente bien resuelto el problema de las cloacas para la evacuación de agua de lluvia, sólidas y capaces dada su ubicación en una ladera, perfectamente conservadas hasta nuestros días.

Sin embargo, como corresponde a la tipología del teatro latino, más llamativa que su técnica constructiva es la proporcionalidad de su arquitectura. Y es que en estos monumentos es más imprescindible que en otros la adecuación de las partes al todo, mediante un juego métrico que constituye el mejor ejemplo de la armonía perseguida por la arquitectura romana, bien expresada en el tratado de Vitruvio. Por eso la comprensión de un teatro romano comienza por descifrar el trazado regulador ideado para su puesta en obra como método para definir su adscripción tipológica.

En el caso de Sagunto, el diámetro de la *orchestra*, de 22 m, constituye la medida a partir de la cual se organiza el edificio: sus accesos, la sucesión de semicírculos de la *cavea* y, por tanto, el número de gradas de la *ima*, *media* y *summa moeniana*, así como el alzado de la misma, que coincide con la superposición de los tres

órdenes del *scaenae frons*, se sitúan de acuerdo a fracciones proporcionales de esa unidad.

Resuelto el trazado regulador, las particularidades susceptibles de comentario se reducen a aquello que ha dejado rastro en su arquitectura, puesto que no hay ningún resto escultórico que pueda indicar qué magistrados, emperadores, dioses o musas, entre otras posibilidades, aparecían en su interior, con la consiguiente pérdida de la ideología exhibida en el mismo, con la única y dudosa excepción de un relieve (Balil 1980, núm. 44) hallado en el s. XVIII con la representación de Melpómene tañendo la cítara, hoy perdido, que podría haber estado en la decoración del *pulpitum*. A través, pues, de su arquitectura se advierte como una dotación singular el espacio rectangular central que corona la *cavea*, espacio que tiene una función religiosa y suele albergar alguna escultura monumental que evoca la asociación de religión y política, tan frecuente en la civilización romana. El diseño semicircular de las valvas del frente escénico constituye una opción compartida con muchos otros teatros, siendo menos frecuente la estructura para el telón o *aulaeum* que las excavaciones de 1993 documentaron en el *hyposcaenium*, consistente en dos muros paralelos con el espacio entre ambos con subdivisiones perpendiculares para la instalación de las poleas y maquinaria que permitían elevar una lona decorada en la parte delantera del escenario, ocultando a los actores, que recitaban o cantaban sin ser vistos. Hacer hablar a una pintura debía hacer las delicias del público, porque el mecanismo para que ello fuera posible es constructivamente muy complicado.

La segunda fase constructiva

Escapan a la modulación arriba indicada las partes correspondientes a una ampliación del teatro bastante posterior a su creación, como son el anillo exterior añadido a la *cavea* para mejorar la circulación del público hacia las gradas más altas, y las estancias rectangulares de los extremos del cuerpo escénico, denominadas basílicas. Así como las excavaciones de 1984 proporcionaron un contexto cronológico del 50 d.C. para la construcción del teatro, las de 1993 confirmaron algo que la metrología del edificio venía denunciando: la remodelación del teatro, que pudo ser datada a mediados del s. III.

En una fosa bajo la escena oriental se recuperaron elementos de su decoración arquitectónica labrados en caliza local y en la piedra de Viver-Segorbe, de entre los que destacan algunos capiteles corintios de hojas lisas que, como es habitual en Sagunto, aparecerían en el frente escénico con un acabado de estuco que enriquecería su aspecto.

Fruto de las últimas excavaciones en el teatro es también una inscripción ibérica incompleta (*…ku.e ba…*) con parte de un nombre personal que un estudio reciente (Mayer y Velaza 1996) atribuye a un dintel que, con toda probabilidad, estaría en el teatro, aunque no es su graderío. Constituye un testimonio de pervivencia del ibérico que demuestra que la romanización de las costumbres no eliminó el uso del ibérico en una sociedad arraigada en su identidad originaria.

Pero no es esta pieza, difícil de fechar, sino las características de los capiteles corintios las que, con las cerámicas y los datos constructivos, aportan una facies cultural que no es compatible con la época julio-claudia y confirman una intervención más tardía en el monumento. Es, hasta cierto punto, sorprendente que ésta consista en una mejora de los accesos al graderío del teatro junto a una pequeña ampliación de su aforo y de las dependencias de la escena, porque ello tiene lugar en un momento crítico para la civilización romana aunque, como aquí se ve, no afecta a la continuidad de la vida urbana en Sagunto e incluso permite plantear la celebración en su teatro de lo que en

términos coloquiales podríamos llamar diversiones acuáticas y combates entre gladiadores, habituales en época tardía. En Sagunto la basílica oriental de la ampliación de la escena está impermeabilizada interiormente con un revestimiento de *opus signinum*, constituyendo así un depósito de agua, tal vez suficiente para inundar el semicírculo de la *orchestra* y convertirlo en un estanque (*colimbètra*) para actuaciones cómicas. Tanto en este caso, como en el de los combates, como en el de las funciones escénicas en general, se trata de representaciones censuradas por el cristianismo, de modo que la reconstrucción del teatro indica colateralmente la escasa influencia de la religión que se hizo oficial a partir de Constantino (303 d.C.) en la vida pública saguntina.

No se puede precisar el momento en que se abandonó el teatro de Sagunto (¿fin del s. IV?, ¿s. V?). El texto árabe de Al-Razi, del s. X, alude a un *palacio*, apreciación que puede sugerir que el autor vio todavía en pie una parte de la columnata de la escena, y, de hecho, las excavaciones datan el hundimiento de la misma antes del final del s. XVI. A partir de la Edad Media este teatro no fue más que una avanzada del Castell y tuvo un uso, por lo tanto, militar que, hasta cierto punto, contribuyó a su conservación parcial. Por ello es posible que los movimientos de las Germanías, en los que Sagunto participó, y la represión de los mismos, dieran lugar al derrumbamiento definitivo de la escena, quedando el teatro tal y como lo mandó dibujar Van den Wyngaerde en 1563, con la *cavea* y los *aditus* perfectamente reconocibles.

El circo

Su documentación

Según la *Guía de los monumentos romanos y del Castillo de Sagunto*, en el apartado redactado por Olcina, (AAVV 1987, 15), *el circo romano de Sagunto en la actualidad no existe……y lo que conocemos de él se lo debemos a los autores que se han ocupado de esta ciudad y han dejado en sus escritos alguna referencia al circo. Pero sobre todo gracias a los artículos de Santiago Brú i Vidal, quien lo describe con bastante minuciosidad antes de la pérdida definitiva*.

Si bien es cierto que el circo es para el actual visitante de Sagunto difícil de identificar, para el estudioso de arqueología el monumento existe, como tantos otros, a costa de hilvanar la erudición con restos inconexos de lo que fue, rescatados en la terraza meridional que delimita el cauce del Palancia, cuyas avenidas mantuvieron cubierta su área durante siglos, y, en la actualidad, excavados en los solares que han ocupado su superficie, cuando hay ocasión de hacerlo.

La documentación sobre este circo se inicia con las descripciones eruditas del siglo XVIII. Tratándose de un monumento claramente reconocible en su tipología, la Junta Provincial de Monumentos dirigió un escrito al alcalde de Sagunto en 1842 preguntando *cómo se adquiriría la huerta y edificio que ocupa el antiquísimo circo* y qué cantidad podría aportar el ayuntamiento para este fin, primer requerimiento de otros varios de similar contenido parta salvar el monumento, aunque –y pese a ellos- el circo siguió siendo propiedad de particulares y nunca fue declarado monumento histórico, con lo que quedó al margen de las figuras legales de protección del patrimonio que hubieran facilitado su conservación, sentenciada cuando la superficie que le correspondía fue declarada suelo edificable, en los años 60.

El primero en realizar excavaciones arqueológicas en el circo fue Chabret (1888, II, 80-87) que documentó la *porta triumphalis* de 2,84 m de luz que se encontraba en el extremo oriental del edificio y observó que las carriladas marcadas en su pavimento de

piedra correspondían a carros con un distancia entre las ruedas de 1,70 m. También descubrió la *spina* con el *euripus* así como algunas conducciones hidráulicas, que deben pertenecer a su sistema de alimentación aunque el cronista imaginó que estaban relacionadas con la celebración de naumaquias, lo que sobrepasa su capacidad y queda hoy descartado por los arqueólogos. Pero, sin duda, la mayor aportación al conocimiento del circo de Sagunto se debe al trabajo de Brú i Vidal (1987, 87-113) realizado en los años 60 mediante un seguimiento de obras públicas a lo largo de la pared meridional del edificio y en solares ubicados sobre el mismo, trabajo que aprovecha Humphrey (1986, 344-350) en su obra general sobre el tema.

Después de la edificación de bloques de viviendas sobre el circo, el único testimonio visible del mismo es una puerta que se abre en su flanco meridional, coincidente con la calle Huertos, revisada en su aspecto decorativo por Chiner (1990, 160) y que cuenta con una amplia documentación gráfica porque siempre ha permanecido a la vista.

Las excavaciones urbanas realizadas con el concurso del Museo Arqueológico de la ciudad durante los años 90 (Hernández, López Piñol y Pascual 1995, 221-230) permitieron verificar, precisar y corregir el estado de la cuestión aportado por Brú y dieron lugar al estudio de Pascual (2002, 155-174) que cierra, de momento, la bibliografía sobre el circo, aportando datos sobre técnicas constructivas, crono-estratigrafía y, sobre todo, sobre una tribuna descubierta en las excavaciones de 1997, dirigidas por el autor, que amplían el conocimiento sobre el monumento, al que I. Pascual dedicó sus últimos esfuerzos como arqueólogo.

El monumento

El circo de Sagunto se extiende en dirección E – O, junto a la orilla meridional del río Palancia, a lo largo de 354 m y tiene una anchura de 73 m. Se trata de un edificio pequeño entre los de su género, con capacidad estimada para alrededor de 15.000 o 20.000 espectadores, dependiendo del espacio que ocuparan en él los palcos y tribunas, similar al de *Valentia* (Ribera 1998, 318-337) que, tan sólo a 25 km de distancia, supone un caso de proximidad geográfica entre dos circos romanos fuera de lo común y, tal vez, explica su respectivo tamaño.

Su construcción arranca de una cimentación de *opus caementicium* sobre la terraza fluvial, reforzada por un depósito de bolos de río dispuesto en talud, con el alzado revestido de *vittatum* excepto en algunas de sus partes más nobles que son de sillería (*opus quadratum*), como el muro septentrional, que es el más próximo al río, y la puerta meridional, de entre lo que está documentado, porque éste es un edificio conservado a nivel de cimentación con pocos datos correspondientes a su alzado. Se sabe, sin embargo, que los muros perimetrales se elevaban con superposición de tramos de grosor decreciente, y que los lados rectilíneos estaban formados por dos muros paralelos separados entre sí por una distancia de 3,40 m, con tabiques perpendiculares que los unían dejando la cimentación compartimentada, de modo que el más próximo a la arena de esos dos muros constituía el podio que separaba a los espectadores de las pistas para las carreras; de este modo conocemos en planta, que no en altura, el espacio en donde estaban las gradas de asiento. La *spina* tenía 190 m de longitud y el canal alojado en ella 4,5 m de anchura, siendo el diámetro de las *metae* de 4,8 m. Junto a la puerta meridional, en el sector oriental del circo, se ha identificado la tribuna en el lugar que corresponde al final de la carrera (*alba linea*), comunicada mediante escaleras con la arena, como en otros circos romanos; desde ahí se controlaba la carrera y la llegada del ganador era acreditada por un árbitro profesional.

La puerta meridional (1,20 m de luz), famosa por su conservación, es un elemento secundario del circo construido con sillares de gran tamaño que no están documentados en el resto del edificio. A lo largo de 6,70 m de longitud y con una altura conservada de 5,20 m, aparece la estructura a través de la cual se abre un vano que entra en el circo describiendo un corredor de 2,10 m de profundidad. Sobre la puerta aparecen dos basas con una moldura en forma de *kyma reversa* relacionadas con el alzado de la fachada. Las excavaciones recientes, además de descubrir el mencionado *tribunal iudicum* junto a la puerta, han revelado que hay construcciones de época romana subyacentes al circo, demostrando que este monumento se asentó alterando el trazado y la función de un sector previamente ocupado.

Esto ocurrió, según la datación de las cerámicas recuperadas, a mediados del s. II, en un periodo en el que el foro de la parte alta de la ciudad queda en desuso y otras partes de *Saguntum* cobran protagonismo en la vida de la ciudad (Aranegui 1992, 145-154).

De todos los restos romanos que convergen en la zona del circo, el más importante es el puente romano por el que presumiblemente cruzaba el río la Vía Augusta, eje vial, por tanto, orientado hacia el teatro, el foro y el Castell mediante un juego panorámico propio del urbanismo en terrazas que es el que se aplicó al municipio saguntino en época julio-claudia. A los lados de ese tramo viario están algunos de los monumentos funerarios más importantes de la ciudad, bien como elementos de su necrópolis pública o, según parece más probable, unidos a villas suburbanas en donde los propietarios edificaban sus mausoleos, formando todo ello una ocupación en la que alternan mansiones particulares con áreas ajardinadas.

El circo viene a implantarse sobre ese paisaje, en un punto muy bien comunicado, aunque expuesto a las avenidas del río, que reúne las características funcionales propias de un circo (distancia al centro urbano, accesibilidad y amplitud para la circulación de carros y caballos) , aunque amortiza los usos a los que previamente estaba dedicada la zona e interrumpe la salida del puente, documentado arqueológicamente, que tal vez deba ser desplazado hacia el E por este motivo para no dificultar el tránsito de la Vía Augusta.

Y, en efecto, el entorno del circo se irá urbanizando a medida que la ciudad se crezca hacia la parte más baja y lo que inicialmente eran villas y huertos se convierta en calles (como las de la excavación del antiguo solar del C.F. del Romeu), indicio de la instauración de un urbanismo compacto en el sector.

Son síntomas de la adaptación de Sagunto a los tiempos medio y tardo-imperiales de los que, en relación con las carreras de cuádrigas, se conoce incluso un fragmento de mármol inscrito (*CIL* II^2, 14/376) que conmemora una donación para la celebración de juegos escénicos y circenses, documento recuperado en la zona de Tres Pouets del Castell, junto al antiguo acceso al *oppidum* ibérico, en donde hay una ocupación romana tardía a la que corresponde la inscripción, datada hacia el s. III d.C.

El vino en el municipio de ciudadanos romanos

El vino saguntino en los textos

La primera referencia que da a entender que un producto originario de Sagunto es conocido en Italia está en Catón (*De Agr*. VII) quien alrededor del 200 a.C. escribió sobre las higueras y los higos saguntinos. A partir de esa cita la investigación actual se plantea si el vinagre de higos o los higos preparados con miel del lugar podrían haber

sido objeto de exportación, utilizando como envase el sombrero de copa o cálato ibérico en cuyas paredes han aparecido residuos de higos y miel (v. Juan-Tresserras, 2000, 87-104). Durante mucho tiempo se ha especulado sobre la utilidad de este tipo cerámico que, a la luz de los nuevos datos, se encuadra, en su versión estándar y formando servicio con los lebrillos hemiesféricos, entre los recipientes de alimentos, con la melaza de higos como contenido probado por un análisis puntual. La incógnita reside, no obstante, en la tipología de los eventuales cálatos saguntinos puesto que sólo el centro alfarero local de Riera (Alfara de Algimia) tiene asociada la producción de cálatos aunque con vestigios tan incompletos que dejan muchas lagunas en cuanto a su tipología, que no aparece proyectada, por lo que se sabe, hacia el comercio exterior.

Sin embargo la alusión al vino saguntino por parte de los autores clásicos se inaugura más tarde, después de que las ánforas vinarias Dr. 2-4 fabricadas en las villas de alrededor del municipio llevaran casi un siglo circulando por los mercados romanos, ya que hasta el final del s. I no aparece esta mención explícita en los textos, que nada dicen de los vinos ibéricos prerromanos. Cuando Plinio el Viejo (*Nat*. XIV, 71) cita los vinos de la Tarraconense sólo destaca entre ellos el de Lauro, localidad de la Layetania (Pascual 1998, 477-484) que exportó vino y vinagre de superior calidad regional, además de acuñar moneda, por lo que el vino de Sagunto debe darse por sobreentendido en la denominación provincial. Sin embargo en la correspondencia de Plinio el Joven (*Lib*. I, 24 y 25), sobrino del anterior, las cartas a Baebio Hispano, además de indicar la relación de amistad de un saguntino con un intelectual tan próximo al emperador Trajano que fue el autor de su panegírico, tienen el interés de manifestarle la recomendación del cultivo de la viña en un paraje de clima suave cerca del mar, porque ese consejo denota tanto la participación de la aristocracia provincial en la explotación vitivinícola como el potencial económico del vino cuando tiene el Mediterráneo en el horizonte. Así se entiende que, pese al escaso conocimiento de las villas del territorio saguntino, haya algún ejemplo con infraestructuras en su parte rústica propias de una cella vinaria, así como diversos alfares de ánforas Dr. 2-4 entre La Vall d'Uixó y Estivella (Aranegui 1981b, 529-538 y 1992, 35-43). La villa de Benicató (Nules), la de La Muntanya de l'Estany (Almenara), tal vez la del Puig de Cebolla (Puzol) y, sobre todo, la del Trull dels Moros en la partida de l'Arrif explotaron la vid. De esta última se tienen noticias de inscripciones (CIL II^2, 14/ 597 y 598) y esculturas relacionadas con divinidades relacionadas con el vino, repitiéndose éstas en El Puig, El Cabeçolet y el propio Castell de Sagunt.

En Juvenal (V, 24-29), en un tono jocoso muy distinto al de Plinio el Joven, se pone de manifiesto que el de Sagunto era considerado un vino común puesto que lo que el autor relata es que se utilizaba para ser lanzado entre los comensales ebrios en la juerga final de un banquete. Frontón (Ep. ab Eloquentia I, a, 23-27) pone fin hacia el 162 a la antología de textos sobre el vino saguntino cuando le comenta a Marco Aurelio lo lamentable que es comprar tan mal vino cuando en Italia hay crudos excelentes[*], en un arranque de proteccionismo muy propio de la mentalidad conservadora de la época (Aranegui 1993, 139-146).

En consecuencia se comprueba que entre los alrededores del año 80 y el 160 d.C. la denominación saguntino para un vino común era utilizada por parte de escritores latinos. Que tal denominación afecte en exclusiva al territorio de Saguntum es algo

[*] …recipi iubes?. Nam istud quidem vetare durum prosus atque inhumanus est: consimile ut si ab hosteum domi superfiat, Cretense posdtules vel Saguntinum, quod malum!, foris quaerendum sibi atque mercandum sit…

mucho menos probable, teniendo en cuenta que lo que los textos reflejan es un estado de opinión romano, susceptible de incurrir en una metonimia merced a la cual este nombre designaría el vino originario del S de la Layetania y englobaría, por tanto, el conjunto de las producciones que la arqueología ha ido revelando en los últimos 20 años (Liria, Paterna, Oliva, Denia…) que no parecen tener constancia específica en las fuentes escritas porque éstas simplifican, como es lógico, las denominaciones de origen de los vinos comunes para los que no es necesario designar un dominio comarcal restringido.

Las ánforas

Ha sido la investigación arqueológica a través de las ánforas la que ha precisado el momento inmediatamente anterior al cambio de Era en que los vinos hispanos se proyectan con regularidad hacia los mercados exteriores, así como las regiones que intervienen en esta actividad potenciada por inversiones itálicas en el campo hispano. La categoría senatorial de Lentulo Augur o de Sexto Domitio cuyos nombres constan en ánforas (Tchernia 1976, 973-979; Gianfrotta 1982, 475-479) prueba cómo había cambiado la aristocracia romana que fue tan reacia al mundo de los negocios al llegar Augusto al poder y abrirse todos los mercados al comercio romano, y cómo los propios hispanos siguieron sus pasos.

El área de *Baetulo* (Badalona) se revela pionera en la exportación de su vino porque ya en la segunda mitad del siglo I a.C. sus ánforas de la forma Pascual 1 (Pascual 1962, 334) con la marca *M. Porci* son expedidas a Narbona para seguir hacia el N tanto por el eje del Ródano como por el corredor aquitano que conduce al Atlántico a la altura de Burdeos (Comas 1991, 329-345) y en poco tiempo otras muchas ciudades seguirán su ejemplo aportando al circuito de redistribución del Imperio Romano vinos destinados a los destacamentos del *limes germanico* y de Britania, países donde no había producción local a principios del Imperio, así como, por otra parte, a los mercados de Italia donde centros bien estudiados, como Pompeya (Manacorda 1977, 121-133) u Ostia (Panella 1970; Tchernia y Zevi 1972, 35; Hesnard 1980, 141-156; Rivello 2002, 421-449) consumieron con seguridad vinos hispanos desde época claudia hasta la crisis del siglo III, si bien lo que ocurre respecto al vino en la etapa final de este comercio ya no está reflejado en las ánforas que entonces empiezan a ser sustituidas por toneles de madera, odres de cuero y por dolia, envases menos ricos para la investigación arqueológica porque en parte están hechos de materias perecederas, pero todo hace pensar en un drástico descenso de las exportaciones hispanas de vino del siglo III en adelante.

El litoral de la Tarraconense fabricó casi exclusivamente ánforas para vino (Tchernia 1971, 38) a diferencia de la Bética y la Lusitania que envasaron aceite y salazones en mucha mayor cantidad que vino mientras que sólo en los talleres al S de Oliva (Valencia) se ha identificado claramente un ánfora panzuda supuestamente dedicada al transporte de aceite (Enguix, Aranegui 1977), que se suma a otras para salazones hechas junto a las explotaciones pesqueras alicantinas. La tipología propia de los vinos tarraconenses está, pues, bien documentada a partir de las formas de base apuntada (Dr. 1, Pascual 1, Laietana 1, Dr. 10 y, sobre todo, Dr. 2-4) o de base plana (Oberaden 74/Dr. 28, Gauloise 4, Dr. 30), unas y otras fabricadas en distintas regiones mediterráneas como reflejo de la exportación que desde muchos puntos se encaminaba a lo largo del alto Imperio a los lugares en donde había demanda bajo las directrices de Roma.

En el *Saguntum* julio-claudio no se conocen más que las ánforas Dr. 2-4 entre las de producción local observándose dos módulos: uno menor, a veces con el pivote hueco, con perfil ovoide similar al de algunas ánforas layetanas (Dr. 10 para algunos autores y Dr. 2-4 pequeña en nuestra opción) y otro mayor (h: 1,30 m aprox.) con el cuello recio y el labio redondeado que perdura hasta el siglo II, relacionado con los alfares de Els Arcs (Estivella) y Orleyl (La Vall d'Uixó), próximos al municipio, y con los de Cervera del Maestre, Liria, Paterna, Daimuz, Oliva, Ondara, Denia y su territorio, talleres progresivamente alejados de Sagunto pero que pudieron contribuir al envasado del vino que en un cierto periodo se llamaba en Roma saguntino, siguiendo el criterio mantenido en el presente estudio respecto a una probable acepción laxa de este calificativo. En todos estos casos la arcilla de las ánforas es limpia, fina, anaranjada y con acabados lisos que pueden presentarse recubiertos por un engobe ligero y con grafitos en los pivotes. Es una pasta que se distingue por su color y por su textura de la de las ánforas Pascual 1 de la Layetania así como de las de Lauro. Está bien documentada en los únicos alfares excavados específicamente en el País Valenciano como son los de Oliva y L'Almadrava, próximos a Denia (Gisbert 1991, 114-116).

De todas las marcas estampadas sobre las ánforas saguntinas entendidas en sentido estricto la que primero se dio a conocer contiene el nombre de la ciudad y, puesto que su tipología corresponde al vino, fue reveladora de la actividad enológica en la antigua ciudad. Las excavaciones de 1803 en la villa del Puig de las que habla Valcárcel (1852) aportaron un ejemplar con el sello *B.C.MATERNI SACYNTO* (CIL II, suppl. 6254) en el que se combina un nombre de persona en genitivo con el topónimo escrito con la y, que se repite en un hallazgo de Roma (CIL XV, 2632; Callender 1965, núm. 184). En esta marca se aprecia un recurso al locativo de diferente significado que cuando éste aparece en un titulus pictus, como ocurre con el vino lauronense, porque las marcas impresas tienen relación con el alfar y los tituli con el contenido del ánfora. Las estampillas con topónimo resaltan la procedencia del envase, dato que en Sagunto va unido a una persona que, por los componentes de su denominación se ha identificado ya sea con un ciudadano libre o con un liberto, con probabilidad el propietario de la finca en donde se hacía el vino, que sería dueño asimismo del alfar de las ánforas. En otros casos aparece el topónimo sólo, como en el alfar de L'Aumedina de Tivissa (TIBISI) (Revilla 1993), lo que podrían relacionarse con el control de la ciudad sobre la producción de envases.

Aunque ésta sea la marca que primero se conoció puede que no sea la más antigua porque los datos de las excavaciones conceden una datación próxima al final del siglo I a las estampillas en las que consta un gentilicio desarrollado, *Materni* en este caso, en vez de la abreviación de la onomástica separada por puntos, constatada desde época de Augusto.

Por tanto la marca posiblemente más antigua, más repetida y mejor contextualizada arqueológicamente es la que presenta las letras M.P.M. (iniciales del *praenomen*, *nomen*, y *cognomen* de un individuo libre) en cartucho rectangular con letras en relieve sobre el labio. Tal vez estas siglas correspondan a Marco Popilio Máximo (o Marcial?), miembro de una familia saguntina bien atestiguada por la epigrafía a partir del final del siglo I (CIL II^2, 14/506), con una rama afincada en *Lucentum* (Tossal de Manises, Alicante) (Abascal 1994), ciudad asimismo implicada en el tráfico marítimo. Un nivel constructivo del Grau Vell que reaprovecha cascotes cerámicos para instalar un subsuelo de drenaje dio a conocer las seis primeras piezas selladas M.P.M. de comienzos de la época de Augusto, repitiéndose los hallazgos en estratos que llegan hasta la época flavia, no sólo en Sagunto -en el Castell (González Simancas 1927, 21, fig. 4) y en el circo- sino también en sus alrededores (El Arcs de Estivella) y todavía

más lejos, como demuestran las marcas encontradas en El Vilarenc (Calafell) (Revilla 1995, 185-186) y en Port-la-Nautique (Narbona) con la inscripción pintada aminneum vinum ya comentada (Liou 1998, NP 32, fig. 4; Abauzit 1999, 27-28 y 31), hasta llegar al repertorio de Callender (núm. 1.159) que sitúa la marca en Richborough (Gran Bretaña). Un opérculo cerámico muestra las mismas letras (Aranegui 1982, fig. 31,3), ahora incisas como es habitual en estas piezas que se sellan con matrices de plomo. Los opérculos, por lo general, no están hechos de cerámica en las ánforas de vino cuyos tapones suelen ser de estopa, corcho y yeso o puzzolana a fin de asegurar la salida de los gases de la fermentación, amalgama sobre la que pueden aparecer las estampillas como un distintivo para que los comerciantes reconozcan los lotes de las ánforas estivadas en un barco viéndolas desde arriba (Gianfrotta y Hesnard 1989, 393-441), pero en Sagunto este ejemplo demuestra que por encima de todo el sistema de cierre indicado, se acopla a veces una tapadera de cerámica. Hay que suponer así en este caso que el productor del ánfora interviene también en su distribución, función que puede ir por separado porque producción, transporte y venta constituyen tres fases económicas bien diferenciadas en el tráfico de bienes de época romana, aunque es evidente que la participación en más de una de ellas aumenta las ganancias –y los riesgos- de la operación comercial.

La dispersión del envase con marca M.P.M. introduce el vino de Sagunto en el circuito comercial que surte el mercado europeo occidental al que fue destinada una parte considerable de la exportación tarraconense a principios del Imperio, expedida, una vez situada en Narbona, bien sea por la vía del Ródano o a través de la vía transversal que cruza el S de Francia para unir el Mediterráneo y el Atlántico, cuyos grandes centros redistribuidores están en Narbona, Lión –sobre el Ródano- y Burdeos. Amplía, por lo tanto, la evidencia de la marca anterior registrada en Roma. También los hallazgos de ánforas de Sagunto en Denia y en Cartagena (Pérez 1996, 39-55) apuntan una ruta meridional que habrá que precisar con datos que confirmen su alcance (¿Cartagena?, ¿Andalucía?, ¿N de Africa?, ¿mercados atlánticos?) hoy por hoy impreciso.

La combinación de dos marcas, C.S/RE en Sagunto, indica la asociación de dos personas en el envasado del producto, una de las cuales podría ser un liberto. Otras veces, como en el caso mencionado en primer lugar, aparecen nombres compuestos de un praenomen y un gentilicio desarrollado (L. AD[i…], Q.F. SALVI, probable liberto del saguntino Quinto Fabio, que, en el pecio de La Almadraba, junto a Denia, conviven con el sello M.P.M. en un cargamento de ánforas saguntinas en curso de estudio*.

De la época flavia en adelante hay marcas en las que aparece el gentilicio desarrollado en genitivo sin más. SALVI, MARINI y GEMINI son los ejemplos de un uso epigráfico en el que me inclino a ver la participación de una segunda generación de libertos en la economía del vino tarraconense, individuos que aparecen con el apellido de quien los manumitió y son exponente de un ascenso social debido al transporte marítimo con efectos perceptibles hacia finales del siglo I d.C., aunque tales nombres no sean más que la parte visible de un negocio que sigue beneficiando principalmente a la oligarquía urbana de cuya clientela forman parte los libertos; estas marcas se muestra a veces sobre el cuello o el hombro del ánfora, sin que haya necesidad de interpretar cada modalidad en un sentido concreto y fijo porque la costumbre de marcar las ánforas romanas nunca fue homogénea y no hay que tomar cada una de las pautas como un indicador cronológico. Importa, no obstante, reconocer en las marcas con un solo

---

* Agradezco a J.A. Gisbert, arqueólogo municipal de Denia, esta información

nombre desarrollado la ampliación de la base social implicada, y enriquecida, por la exportación del vino, de acuerdo con la investigación actual.

Una estela sepulcral del sector de la necrópolis oriental que enlaza con el camino al puerto menciona a un liberto llamado *Salvius* (CIL II^2, 14/415). También debe recordarse, a propósito de esta cuestión, el ancla de hierro don marca GEMINI recuperada en aguas del Grau Vell que, asociada al ánfora, supondría que *Geminus* era a la vez productor de ánforas y consignatario (*navicularius*) de una pequeña embarcación.

Marcas sobre ánforas Dr. 2-4 saguntinas

Marca	Loc.	Hallazgos	Observaciones
M.P.M	labio	Cartagena Grau Vell Sagunto Estivella* Denia° Calafell Narbona Richborough	Sello rectangular, interpunción triangular. También sobre un opérculo
C.S./RE	cuello	Grau Vell	Sello rectangular (1) y redondo (2)
]B.C	cuello	Grau Vell	Interpunción triangular
B.C.MATERNI SACYNTO	asa	El Puig Roma	Beltrán lee MERITI en lugar de MATERNI (nexo MAT)
L.A[…	labio	Sagunto	Tabula ansata
L.AD[i…	labio	Denia°	Tabula ansata
Q.F.SALVI	hombro	Denia°	Sello rectangular
GM[…	asa	Sagunto	Retrógrada
GEM[INI]	hombro	Sagunto	También sobre cepo de ancla
SALVI	labio	Grau Vell	Sello oval
MARINI	labio	Sagunto Grau Vell	Sello rectangular

* alfar de ánforas
° pecio

Los 'cálices saguntinos'

Algunos textos latinos escritos entre la época flavia y la de Trajano, es decir, entre el último cuarto del siglo I y el comienzo del s. II, aluden a la existencia de unas copas cerámicas saguntinas que se empleaban para beber vino. Plinio (*Nat.* XXXV, 160-161) les dio el nombre de 'cálices' y las comparó a las que se producen en Sorrento, Asta y Pollentia, dentro de Italia, y a las de Pérgamo, en Asia Menor, considerándolas contemporáneas de la vajilla de Samos (Grecia).

Estos poco pretenciosos servicios para vino no están bien identificado arqueológicamente. Hayes (1985) afirma que la cerámica de Çandarli (Turquía) es la producción de Pérgamo citada por Plinio, corrigiendo a otros autores, si bien el resto de las denominaciones permanece en condiciones inciertas para la investigación pese a la

suposición del autor citado de que corresponden al grupo de las llamadas cerámicas de paredes finas.

Pero en la antigüedad fue Marcial (¿43?-104), autor hispano nacido en *Bilbilis* (Calatayud) especialmente activo en época de Nerón, quien dio más detalles acerca del aspecto y utilidad de los llamados 'cálices saguntinos' en varios de los pasajes de su obra poético-satírica (*Epigr*. IV, 46, 12-17; VIII, 6, 1-4; XIV, 108). Dijo que eran *copas adornadas por el torpe cincel del alfarero saguntino, de arcilla cincelada, nacidas del torno hispánico*, preferibles, sin embargo, a las antigüedades que vendía un tal *Eucus* y fáciles de manejar incluso por un esclavo que podría recoger sin temor a causar estropicios estos 'cálices' de arcilla, funcionales y de poco precio.

Son textos que ponen en evidencia que existían unos vasos que, como el vino de Sagunto, se conocían en Italia entre finales del siglo I y hasta el siglo II y que no ocultan su mediocridad puesto que en estos tiempos la reputación heroica que sublimaba lo relativo a la ciudad deja paso a una mera condescendencia para con su carácter provinciano. Es probable que también en este contexto la denominación 'saguntino' hubiera dejado de ser textual para designar con carácter más generalizado copas del S de la Tarraconense y Baleares, con lo cual su rastreo arqueológico no estaría circunscrito al de una clase puntual sino que podría englobar producciones más o menos próximas y heterogéneas dentro del conjunto de cerámicas de paredes finas del que hay constancia de exportación tanto hacia la Narbonense como hacia Italia.

La investigación española tomó en el Renacimiento el nombre de 'barros (traducción de cerámica) saguntinos' para designar la *terra sigillata* y, de este modo, tanto Morales (1575) como Valcárcel (1769) o Rada y Delgado (1885) hicieron de Sagunto un gran centro productor de la vajilla de mesa generalizada a partir de Augusto. Antonio de Valcárcel Pío de Saboya (1748-1808), citado corrientemente por los valencianos con el título de Conde de Lumiares -uno entre los muchos que poseía-, fue la primera figura de sabio valenciano ilustrado y arqueólogo convencido de la responsabilidad de recopilar y ordenar los documentos romanos legados por la antigüedad cumpliendo una noble tarea, acorde con su relevancia social, encaminada a conjugar la historia y sus vestigios. Así lo prueba su disertación, prologada por Gregorio Mayans y Siscar, sobre los *barros saguntinos* (Valcárcel 1779), *tan celebrados y estimados por los antiguos, monumentos dignos de aprecio, pero hasta ahora mirados con muy poca atención; por ellos sabemos las Familias que havía en Sagunto; el primor con que aquellos buenos ciudadanos fomentaron las Fábricas, el modo con que signaban las piezas, y la excelencia de uno de los más célebres Municipios de España en labrarlas*, trabajo que lo convierte en ceramólogo *avant la lettre*. Para sus estudios no dudó en dotarse de un gabinete en donde sistematizar los materiales cerámicos ni en confirmar sobre el lugar la importancia de los yacimientos arqueológicos, adelantándose a su tiempo en el estudio de su ciudad natal, Alicante, que identificó con *Lucentum* (hoy localizada en el Tossal de Manises de la Albufereta). Corresponsal de la Academia de la Historia, entregó a esta institución el original de sus *Inscripciones y Antigüedades del Reino de Valencia* en 1805, antes de los destrozos que supuso la Guerra de la Independencia, aunque el volumen, correctamente ilustrado por el académico Antonio Delgado, no vio la luz hasta 1852.

Con el tiempo los especialistas fueron demostrando que eran los talleres de Arezzo (Italia), del S de las Galias, de La Rioja y de Andalucía los más importantes en la distribución de los servicios de mesa de *terra sigillata* durante el alto Imperio, y no Sagunto. Los trabajos publicados por Déchelette a partir de 1904 hicieron insostenible la identificación de toda la *sigillata* con los 'barros saguntinos', obligando a buscar en otros repertorios su equivalencia.

Beltrán Villagrasa (1942, 30-34) reparó en un letrero pintado sobre un cálato de Liria (departamento 16, núm. 226, fechado hoy hacia el 175/150 a.C.) en el que leyó la secuencia *S A GU* escrita en ibérico y no dudó en identificarlo como un 'barro saguntino' *ya sea atendiendo al lugar de fabricación, ya por el artífice que lo decoró, y, en todo caso, según su epígrafe, es de la región saguntina*, inaugurando la propuesta a favor de la cerámica ibérica, seguida después por autores tan señalados como García y Bellido y Balil. Fletcher (1974, 10-12) planteó breve y forzadamente la posibilidad de que fuera esta cerámica la aludida en los textos de Plinio y Marcial, aunque ni la cronología de estos autores, ni la tipología de la cerámica ibérica, ni el acabado poroso de ésta responden a lo que se entiende como un vaso para beber vino según la costumbre romana que requiere cuencos pequeños con asas de hasta 150 cm^3 de capacidad, preferentemente de plata o metal plateado, o cubiletes o pequeñas tazas de cerámica muy dura hechos a molde llamados de paredes finas, imponiéndose progresivamente a partir del siglo I los de vidrio, soplado o a molde.

En Hispania se han identificado producciones de paredes finas en la Tarraconense, en la Bética y en la Lusitania, pero ninguna en Sagunto ni en sus proximidades puesto que, en el actual estado de la cuestión, es Rubielos de Mora (Teruel) el centro más cercano donde se ha localizado un supuesto taller de la variedad llamada de cáscara de huevo por su finura (Atrián 1967, 195-207) que, al tener un acabado liso, no respondería a los comentarios que hace Marcial sobre los 'cálices saguntinos'. Así las cosas una parte de la investigación se inclina a creer que la *sigillata* hispánica podría corresponder a los 'cálices' mencionados en los textos clásicos mientras que Mayet (1975, 161-169), que estudió a fondo el problema, se inclinó, como lo había hecho Hayes, por que fuera la cerámica de paredes finas la designada como copas saguntinas, lo que supuso un acierto. Lo discutible de su argumento se produce cuando establece la equivalencia de los 'cálices saguntinos' con unas pequeñas tazas béticas barnizadas en color naranja y adornadas con relieves pintados eventualmente de blanco, hipotéticamente exportadas, dice, a Italia desde Sagunto, puerto que les daría su nombre. Esta variedad se encuentra excepcionalmente en los almacenes portuarios del Grau Vell donde hay una mejor representación de paredes finas de otras procedencias, con decoración incisa o plástica, y donde abundan los hallazgos de la llamada cáscara de huevo que Mayet creyó sólo gaditana. Buscar en la Bética el lugar de fabricación de los 'cálices saguntinos' carece de lógica por varias razones: los romanos sabían bien que Sagunto no estaba en esa provincia que, por otra parte, no tuvo tanta proyección en el comercio de vino como la Tarraconense y, sobre todo, hay en esta última provincia producciones que cuentan con una amplia distribución mediterránea (López Mullor 1989; Mínguez 1991). De esta manera es más probable que los textos antiguos aludieran al conjunto de las copitas de paredes finas de la Tarraconense, de acuerdo con la ampliación de que fue objeto el término 'saguntino' a medida que transcurrió el siglo I.

Bibliografía.-

AAVV, 1987, *Guía de los monumentos romanos y del Castillo de Sagunto*, Generalitat Valenciana, Valencia

AAVV, 2002, *El circo en Hispania Romana*, Museo Nacional de Arte Romano, Madrid

Abauzit, P., 1999, Présence d'amphores de Sagonte à Narbonne-la-Nautique, *Bulletin Instrumentum* 10, 27-28 y 31

Abascal, J.M., 1994, *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, Murcia

Alföldy, G., 1977, *Los Baebii de Saguntum*, T.V. del SIP 56, Valencia
Aranegui, C., 1981, Anotaciones sobre las ánforas del nivel de relleno del Grau Vell, *Saguntum-PLAV* 13, 307-326
Aranegui Gascó, C., 1981b, La producción de ánforas romanas en el País Valenciano, *APL* XVI, 529-538
Aranegui Gascó, C., 1982: *Excavaciones del Grau Vell de Sagunto (Valencia)*, Trabajos Varios del SIP 72, Diputación de Valencia, 1982
Aranegui Gascó, C., 1988, Algunes questions entorn a la història de Sagunt, *Fonaments* 7, 58-66
Aranegui Gascó, C., 1992, Un templo republicano en el centro cívico saguntino, *Cuadernos de Arquitectura Romana* 1, p. 67-82
Aranegui Gascó, C., 1992, Datos para el conocimiento de Sagunto en el siglo II, *La cité et la communauté civique en Hispania aux Ie et IIe siècles ap. J.-C.*, Casa de Velásquez, Madrid, 145-154
Aranegui Gascó, C., 1992, Testimonios del vino saguntino, entre otras cuestiones, en *Miscel.lana arqueológica a J.Mª Recasens*, Tarragona, 35-43
Aranegui Gascó, C., 1993, Sagunto en el siglo II, en J. Arce y P. Le Roux, eds., *Ciudad y comunidad cívica en Hispania (siglos II y III d.C.)*, Casa de Velásquez y CSIC, Madrid, 139-146
Aranegui Gascó, C., 1994, *Arse-Saguntum*: una estrategia para conservar el poder
Aranegui, C., 1999, El comercio del vino en la Hispania Tarraconense, en S. Celestino, ed. cient., 79-96
Aranegui, C., Chiner, P., Hernández, E., López Piñol, M., Mantilla, A., Ripollés, P.P., 1985, El Grau Vell de Sagunt. Campaña de 1984, *Saguntum-PLAV* 19, 201-223
Aranegui, C., Hernández, E., López Piñol, M., 1987, El foro de *Saguntum*: la planta arquitectónica, *Los foros romanos de las provincias occidentales*, Madrid, 73-97
Aranegui, C., Mantilla, A., 1987, Las ánforas Dr. 2-4 de *Saguntum*, *El vi a l'Antiguitat*, Badalona, 100-104
Aranegui, C., López Piñol, M., Orfila, M., 1991, Anforas tardorromanas en El Grau Vell (Sagunto, Valencia), *Saguntum-PLAV* 24, 117-127
Aranegui, C., Alvarez, N., Gallego, A., Moral, F., Sanchis, E., 1998, El Grau Vell (Sagunto, Valencia): últimas campañas de excavación, *Saguntum-PLAV* 31, 205-212
Arasa, F., 1998: La vil.la romana de la Muntanyeta dels Estanys d'Amenara (La Plana Baixa), *Braçal* 17-18, 129-145
Arasa, F., 2000: El conjunto monumental de almenara (La Plana Baixa, Castelló), A. ribera ed., *Los orígenes del cristianismo en Valencia y su entorno*, Ajuntament de València, Valencia, 113-118
Atrián, P., 1967, Restos de una alfarería romana en Rubielos de Mora (Teruel), *Teruel* 38, 195-207
Barrachina, A., Hernández, E., López Piñol, M., Mantilla, A., Vento, E., 1984, Excavaciones en El Grau Vell, *Saguntum-PLAV* 18, 205-228
Beltrán Villagrasa, P., 1942, Sobre un interesante vaso pintado de San Miguel de Liria, *TV del SIP* 8, Valencia, 3-36
Bertó, E., 1988, El Grau Vell, Sagunt, el Camp de Morvedre, *Memòries arqueològiques a la Comunitat Valenciana 1984-1985,* , Valencia, 198-201
Brú i Vidal, S., 1963: *Les terres valencianes durant l'època romana*, L'Estel, Valencia
Brú i Vidal, S. 1987, Datos para el conocimiento del circo romano de Sagunto, en *Obra completa*, Sagunto, 87-113
Callender, M.H., 1965, *Roman Amphorae*, Oxford University Press, Londres

Celestino, S., ed. cient., 1999, *El vino en la Antigüedad Romana*, Serie Varia 4, Madrid
Comas, M., 1991, Les amphores de M. Porcius et leur diffusión de la Léetanie vers la Gaule, *SFCAG, Actes du congrès de Cognac, 329-345*
Chabret, A., 1888, *Sagunto. Su historia y sus monumentos*, Barcelona, II, 80-87
Chiner, P., 1990, *La decoración arquitectónica en Saguntum*, Generalitat Valenciana, Valencia
De Juan, C., 2002, Primera aproximación a la infraestructura portuaria saguntina, *Saguntum* 34, 115-126
Enguix, R., Aranegui, C., 1977, *El taller de ánforas romanas de Oliva (Valencia)*, TV del SIP 54, Valencia
Fletcher, D., 1974, ¿Qué fueron los barros saguntinos?, *Arse* 13, 10-12
García y Bellido, A., 1948, *Hispania Graeca*, 2 vols., Inst. Esp. de Est. Med., Barcelona
Gianfrotta, P., 1982, Lentulo Augure e le anfore leetane, *Tituli* 4, *Epigrafia e Ordine Senatorio* I, 475-479
Gianfrotta, P., Hesnard, A., 1989, Les bouchons d'amphores en pouzzolane, *Amphores romaines et histoire économique*, París, 393-441
Giner Ponce, I., 2002, Trabajos arqueológicos en el yacimiento subacuático del Trencatimons en la zona de ampliación del Puerto de Sagunto, *Arse* 36, 81-97
Gisbert, J.A., 1991, El alfar romano de l'Almadrava (Setla-Mirarosa-Miraflor) y la producción de ánforas en el *territorium* de *Dianium*, C. Aranegui, coord., *Saguntum y el mar*, Generalitat valenciana, Valencia, 114-116
González Simancas, M, 1927, Excavaciones en Sagunto. Memoria de los trabajos realizados en 1923-1926, *MJSEA* 92, 3-31
Gozalbes, M., 1999, *Los hallazgos monetarios del Grau Vell (Sagunt, Valencia)*, Estudis Numismàtics Valencians 10, Valencia
Guerrero, V.M., Miró, J., Ramón, J., 1989, L'épave de Binisafuller (Minorque). Un bateau de comerce punique du III s. av. J.-C., *Studia Phoenicia* X
Guiral, C., 1992, Pinturas murales romanas procedentes del Grau Vell (Sagunto, Valencia, *PLAV-Saguntum* 25, 139-178
Hernández, E., 1988, *el teatro romano de Sagunto (Valencia)*, Generalitat Valenciana, Valencia
Hernández, E., López Piñol, M., Pascual, I., 1995, La implantación del circo en el área suburbana de Saguntum, *Saguntum* 28, 221-230
Hesnard, A., 1980,Un dépot augustéen d'amphores à la Longarina, Ostie, *MAAR* XXXVI, 141-156
Humphrey, J., 1986, *Roman circuses: arenas for chariot racing*, Londres
Juan-Tresserras, J., 2000, Apéndice, en Clausell, G., Izquierdo, I., Arasa, F., La fase del Ibérico Final en el asentamiento del Torrelló del Boverot (Almazora): dos piezas cerámicas singulares, *AEspA* 73, 87-104
Laborde, A. de, 1811: *Voyage Pittoresque et Historique de l'Espagne*, París
Lamboglia, N., 1952, La Nave romana di Albenga, *RSL* XVIII, 3-4, 131-236
Laubenheimer, F., 1991, *Le temps des amphores en Gaule. Vins, huiles et sauces*, Errance, París
Liou, B., 1998, Inscriptions peintes sur amphores de Narbonne, Port-la-Nautique, *RAN* 31, 91-102
López Mullor, A., 1989, *Las cerámicas romanas de paredes finas en Cataluña*, Quaderns científics i tècnics 2,Diputación Provincial, Barcelona
Manacorda, D., 1977, Anfore spagnole a Pompei, *Quaderni di Cultura Materiale* 1, 121-133

Manacorda, D., Panella, C., 1993, Anfore, en W.V. Harris, ed., *The inscribed economy*, Ann Arbor, 55-64
Mantilla, A., 1988, Las ánforas de *Saguntum*, *Saguntum* 21, 379-415
Mayet, F., 1975, *Les céramiques à parois fines dans la péninsule Ibérique*, París
Mínguez, J.A., 1991, *La cerámica romana de paredes finas*, Monografías arqueológicas 35, Universidad, Zaragoza
Morel, J.-P., 1981, *Céramique campanienne*, 2 vols., EFR, Roma
Panella, C., 1970, *Ostia II. Le terme del nuotatore*, Studi Miscellanei 16, Roma
Panella, C., Fano, M., Cipriano, M.T., Volpe, R., 2003, *Per un corpo dei bolli sulle anfore romane*, ed. Quazar, Roma
Pascual Buyé, I., 2002, El circo romano de Sagunto, en AAVV cit., 155-174
Pascual Guasch, R., 1962, Centros de producción y difusión de un tipo de ánfora, VII *CNA*, Zaragoza, 334
Pascual Guasch, R., 1998, La Lauro vinícola, en M. Mayer, J.Mª Nolla, J. Pardo, eds., *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispana Citerior*, Itaca, Barcelona, 477-484
Ribera, A., 1998, The discovery of a monumental circus at Valentia (Hispania Tarraconensis), *JRA* 11, 318-337
Revilla, V., 1993, *Producción cerámica y economía rural en el Bajo Ebro, El alfar de l'Aumedina, Tivissa, (Tarragona)*, Universidad de Barcelona, Barcelona
Revilla, V., 1995, *Producción cerámica, viticultura y propiedad rural en la Hispania Tarraconense (ss. I a.C.-III d.C.)*, Universidad de Barcelona, Barcelona
Ribelles, B., 1820, Restos de un templo de Baco nuevamente descubierto, *DCV*, 28 feb., 253-256
Ripollès, P.P., Llorens, Mª M., eds., 2002, *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y de su territorio*, Bancaja, Sagunto
Scardigli, B., 1991, *I trattati romano-cartaginesi*, Pisa
Scheid, J., 1991, *La religión romana*, ed. Clásicas, Madrid
Tarradell, M., 1965, La ceca de Lauro, *Numisma* 73, 9-14
Tchernia, A., 1971, Les amphores romaines de Tarraconaise et leur exportation au début de l'Empire, *AEspA* 44, 38
Tchernia, A., Zevi, F., 1972, Amphores vinaires de Campanie et de Tarraconaise à Ostie, *Recherches sur les amphores romaines*, París, 35
Tchernia, A., 1976, L'atelier d'amphores de Tivissa et la marque 'Sex. Domiti', *Mélanges offerts à Jacques Heurgon*, E.F.R. 27, Roma, 973-979
Tchernia, A., Pomey, P., Hesnard, A., 1978, *L'épave romaine de la Mangrague de Giens (Var)*, supl. a Gallia 34, París
Tchernia, A., 1980, Quelques remarques sur le comerse du vin et les amphores, *Roman Seaborne Comerse*, MAAR XXXVI, Roma
Tchernia, A., 1986, *Le vin de l'Italie romaine*, BEFAR 261, Roma
Tramoyeres, L., Fita, F, 1917, Antigüedades romanas de Puzol, *BRAH* 71, 38-57
Valcárcel Pío de Saboya, A., Conde de Lumiares, 1779, *Barros saguntinos. Disertación sobre estos monumentos antiguos, con varias inscripciones inéditas de Sagunto*, Valencia
Vandermersch, Ch., 1994, *Vins et amphores de Grande Grèce et de Sicile. IVe-IIIe s. avant J.-C.*, CJB, Nápoles

---